

—Como debe ser,—exclamó Angélica.—Pues qué, ¿no se ama y se teme á Dios? ¿Y un marido no es omnipotente como Dios respecto á su mujer?

—Segun y como sean los maridos, Angélica,—dijo Esquilache.—Cuando se trata de una mujer como tú y de un hombre como yo, el acuerdo es perfecto; jamás nos hemos disgustado: bien hecho ha estado para mí lo que has hecho tú, y bien hecho para ti lo que yo he hecho.

—¡Ah! Es que nosotros somos una excepcion; pero la generalidad de los maridos son unos déspotas insoportables, y como la mujer es rara, yo lo confieso sin inconveniente, tanto más quiere al marido, cuanto el marido es más déspota y más insoportable.

—Se quiere aquello que es más difícil; tratándose del hombre y de la mujer, la dificultad que el uno encuentra respecto al otro, produce el amor. Generalmente, nos empeñamos de una manera ciega por aquello que no podemos tener.

—Decís bien, doña Juana; nos empeñamos, no sabemos de qué manera, hasta qué punto, por aquello que nos es más difícil,—dijo Esquilache.—Yo lo sé eso muy bien. Sin embargo, Angélica y yo no somos en ninguna manera difíciles el uno para el otro, y nos llevamos muy bien, nos amamos: más aún, somos una sola persona; miramos las cosas desde un mismo punto de vista, y tanto es así, que de la misma manera puede despachar con su majestad ella que yo.

—Repito,—saltó Angélica con alguna impacien-

cia,—que nosotros somos una excepcion; pero ésta, sin que se ofenda, pertenece al vulgo de las mujeres, y ama, adora á su marido por lo mismo que le teme; y le ha temido hasta tal punto, que se ha creido en la necesidad de separarse de él, de poner tierra de por medio. ¡Ah! ¡los hombres son unos canallas! Quiero decir, el vulgo de los hombres; no me refiero á excepciones como tú, Leopoldo; esta sufre y calla, disimula, pero por respeto á su marido encubre las cosas, dándolas un aspecto decente; hasta anoche no me ha revelado que su separacion del marqués de Letour reconocia por causa el amor insensato del señor marqués por una pupila que tiene en su poder.

—¡Cómo, cómo!—exclamó Esquilache, viendo que sin preguntar llegaba al asunto por que habia ido á ver á las dos marquesas.

—Si, otra víctima,—exclamó Angélica.

—Una historia misteriosa que yo no puedo revelar,—dijo doña Juana.—En fin, yo sufro tanto por la situacion en que me ha colocado el extraño amor de Letour por una jóven, á quien, aunque no lo es, debia considerar hija suya, ó más bien nieta, como por esa misma desventurada jóven, cuya suerte me espanta entregada á Letour.

—Esa jóven, ¿es hermosa?—preguntó Esquilache.

—¡Oh! hermosísima, ideal,—exclamó doña Juana.

—¿Tiene los ojos brillantes, poderosos, llenos de una pureza infinita, de la expresion de un alma noble, grande y apasionada?

—¿Pero vos la conoceis, marqués?

—Yo tengo una excelente policía, señora; admirable; aun no hace bien veinticuatro horas que el marqués de Letour fué herido, y ya sé quién le ha herido y por qué.

—¿Quién?—preguntó ávidamente doña Juana.

—Yo no debia decíroslo, porque un hombre de Estado no debe decir á nadie, ni aun á su mujer, á no ser que sea una mujer como la mia, nada que pueda tener ó tenga una gran trascendencia política; sin embargo, como yo os estimo mucho, doña Juana; como comprendo que amais á esa noble y digna jóven de igual manera que si fuera vuestra hija; como no quiero dejaros ignorar que está en Madrid y amparada en una noble casa por una excelente señora...

—¡Oh, Dios mio!—exclamó con una verdadera conmocion doña Juana.

—Como sé que vos os apresurareis á buscarla; como por ella sabreis que quien la ha llevado á casa de su tia, la excelente marquesa de Vallezarzal, ha sido su sobrino el excelentísimo señor conde de la Salmedina, vos, aunque no se os diga que el señor conde ha sido el que casi ha puesto al otro lado de una estocada al marqués de Letour, lo supondriais al saber que esa jóven que vivia con vuestro marido, que por vuestro marido estaba amenazada, segun vos decís, se encontraba bajo la proteccion de una tia del conde de la Salmedina.

—¿Y es soltero ese señor?—exclamó vivamente doña Juana.

—Si y no, porque bajo la acepcion de soltero no puede considerarse al que no está verdaderamente suelto; por lo mismo, debo deciros, mi querida marquesa, que el conde no está casado; pero que no puede decirse que esté soltero.

—¡Ah! ¡algun grave compromiso! ¡un enlace convenido!

—Las mujeres casadas no pueden casarse sino cuando enviudan, y aun cuando la de que se trata enviudase, no seria fácil el matrimonio, por una diferencia de rango.

—Es decir,—exclamó doña Juana,—que ese señor conde de la Salmedina, á quien podrá suceder muy bien ame mi pobre Margarita, no solamente está empeñado en unos amores adúlteros, sino que ha ido á buscarlos tal vez entre la canalla.

—Esto de canalla es muy lato, marquesa,—dijo Esquilache,—porque hace mucho tiempo se han reconocido la alta y baja canalla; es una cuestion de apreciacion en que yo no me entrometo; pero si hay una diferencia de rango entre la mujer que ama á Salmedina y él, no es ciertamente por que esa mujer le es inferior, sino por que le es superior.

—¡Superior á un grande de España!

—Pues por supuesto; una infanta es más que un grande de España, y mucho más que una infanta una reina.

—Pero habeis omitido un término medio entre la infanta y la reina, marqués,—exclamó doña Juana, cuya conmocion crecia.

—Yo llamo las cosas como son, no como parecen; en España carecemos desgraciadamente de reina; su majestad es viudo; estamos privados, pues, del favor de una señora que podría ayudarnos en la gestión del difícilísimo carácter del señor rey don Carlos III; pero ahí tenemos á la señora princesa de Asturias, que se ha subido á reina á pesar de sus pocos años, que conspira, que revuelve, que agita, que tiene embobado al rey y que es un verdadero inconveniente, porque es una verdadera potencia, con la cual no se puede luchar de una manera abierta, y á la que protege no sé qué misterio que aun no he podido descubrir. Siempre los terribles embozados con los sombreros echados á la cara,—añadió Esquilache, como quien habla consigo mismo del objeto que más le preocupa;—siempre las terribles espadas defendiendo los embozos, y los sombreros sobre las cejas; siempre el misterio: en vano se ha establecido el alumbrado público; le han recibido muy mal; á los españoles les gusta andar á oscuras, porque entre la oscuridad se enamora ilícitamente, é ilícitamente se pesca, y de noche todos los gatos son pardos. Desesperado, marquesa, desesperado: no hay quien arregle esta gente: ellos, por lo general, se callan; pero muerden con la boca cerrada, y cuando empiezan á agitarse en silencio, murmurando los unos al oído de los otros, sin que haya policía que pueda contener sus murmuraciones, sin prision que teman ni multa que repugnen, ni nada que les espante, son un verdadero temblor de tierra que lo destruye todo;

¡y decir que los españoles son unos bonachones, que todo lo sufren, que no se sublevan jamás, y que si alguna vez se sublevan, son vencidos, como lo fueron allá en los tiempos del Emperador los Comuneros de Castilla, y en los de su hijo don Felipe II las universidades de Aragon! ¡Bah! ¡bah! para saber lo que son los españoles, es necesario meterse entre ellos; tratarlos de cerca, tener que hacer algo con ellos; no se sublevan, y si se sublevan son vencidos, es cierto; pero demuelen, marquesa, demuelen á la sordina, de una manera tenaz, formidable. No hay rey ni ministro que puedan vivir en paz en España. ¡Ah! ¡esto es irritante! me veo acometido por una intriga sorda, cuyo origen no puedo descubrir. Se repara en embozados peligrosos que hierven en la sombra; se establece el alumbrado público, y sobreviene una conspiracion contra el alumbrado; sucesivamente van pereciendo á pedradas los faroles; se les renueva, y vuelven á ser rotos; se desean las protectoras tinieblas, la piedra rompe constantemente, pero no se sabe de dónde la piedra sale; además de eso, el farol público se apaga naturalmente á las diez. Se ha dicho en todos los tonos y por todas las gentes, que este gasto era inútil, porque se anda poco por la calle de noche, y se lleva linterna que alumbrá más. ¿Qué se hubiera dicho si se hubiera determinado que el alumbrado público durara toda la noche? Esto era impracticable; se hubiera levantado una polvareda infernal. Pues bien; en cuanto empiezan á agonizar los faroles, empiezan á pulular los

misteriosos embozados; los acomete una ronda, y la ronda es acuchillada; se determina seguirlos cautelosamente, y huelen á los que los siguen, se vuelven sobre ellos, y cuando ménos los apalean. Yo insisto en que el rey me autorice á publicar un bando contra los mantos, las capas y los sombreros, porque tambien hay mujeres en el negocio; y el rey no se presta bien, dice que teme hacerse impopular; pero yo creo que está influido por su alteza la señora princesa de Asturias, que le embauca, y tengo la seguridad completa de que la princesa conspira contra el rey. ¿Pero cómo coger la prueba? Si vos me ayudárais, marquesa...

—¡Yo! ¿Y cómo puedo yo ayudaros?

—Veamos, veamos; ¿os ama mucho esa jóven pupila de vuestro marido?

—¡Oh, como á su madre! Estoy segura de que la desgraciada ha sufrido mucho separada de mí.

—¿Creeis á esa jóven mujer de corazon?

—¡Oh! ¡inmenso! pero es dificilísima de enamorar, marqués; se ha criado en la soledad y en la meditacion, y tiene el espíritu muy levantado.

—¿Conoceis al conde de la Salmedina?

—No ciertamente; yo no conozco á nadie aquí.

—Que os diga, que os diga lo que es el conde de la Salmedina Angélica.

—¡Oh! irresistible, hija, irresistible,—dijo sin inconveniente la de Esquilache.—Figúrate un moreno como de veintiseis á veintiocho años, gracioso, espiritual, franco, noble, audaz sin atrevimiento, que

conoce más que por experiencia por instinto á la mujer, y va hácia ella como quien adelanta hácia cosa propia, sin jactancia, sin insolencia, como impulsado por su destino; un jóven distinguido, elegante, noble como el rey y caballero como el Cid, con unos enormes ojos negros llenos de pasion y de elocuencia, con una graciosa boca que sonrie de una manera espiritual; á más de esto, valiente y diestro; á más, riquísimo y espléndido; y sobre todo reservado, incapaz de murmurar de una mujer, y puedes deducir hasta qué punto debe ser codiciado por las mujeres un hombre que reúne tales y tan raras prendas.

—Por lo que,—dijo Esquilache,—la señora princesa de Astúrias no ha podido ser indiferente... Yo no digo nada, yo no afirmo nada, ni aun supongo; pero se murmura, y esta murmuración ha producido ya graves resultados. Ayer ha aparecido atravesado en un cañaveral del rio el cadáver del autor de esa murmuracion, el del marqués de Arosa, partido el corazon de una estocada allí, cerca del palacio del Pardo, mientras estaba en él su alteza la señora princesa de Astúrias, y mientras daba la guardia del mismo palacio el primer batallon del primer regimiento de la guardia walona con su coronel el conde de la Salmedina.

Se encuentra asimismo mal herido al señor marqués de Letour en un ventorrillo inmediato al Pardo, y luego se observa que el señor conde de la Salmedina entra en Madrid, en coche, con una jóven encubierta,

á pesar de lo que se comprende que es hermosísima: más aún, que sin ser su querida ni su esposa, adora al conde, que la conduce á casa de su tía la marquesa de Vallezarzal, donde la deposita. ¿No veis aquí algo, mi querida marquesa? ¿no comprendéis de qué manera, si esa vuestra pupila, que yo creo bien sea ella la señorita misteriosa que se ha visto al lado del conde, le ama, podremos noble y legitimamente contrabalancear la influencia de la princesa de Astúrias por medio de una intriga hábil?

—No os comprendo, marqués,—dijo doña Juana.

—¡Oh! pues esto es muy fácil de comprender: comprometamos á la princesa en un negocio mucho más importante para ella que la política; en un negocio de celos, marquesa. El amor es el primer negocio de la mujer; los celos la vuelven loca, y yo os aseguro que á la princesa le falta muy poco para enloquecer por el conde de la Salmedina, si es que no ha enloquecido ya; ésta es la verdad. La imprudencia del marqués de Arosa ha consistido en decir lo que en la córte veía todo el mundo y callaba; esto es, que á la princesa se le iban los ojos tras el conde, que había perdido de todo punto la reserva, y de todo punto se había olvidado de la conveniencia. No había más que tres personas en contacto con la princesa, que no se hubiesen apercibido del estado de su alma, porque de ellas sólo se recataba la princesa, á saber: el rey, el príncipe de Astúrias y el conde de la Salmedina. Se recataba de los primeros, por un resto de dignidad; del tercero, del amado, por una

razon de altivez; pero los demás veian sus miradas furtivas, vivas, penetrantes al conde, cuando éste no podia reparar en ellas. Aquello llegaba casi á la desvergüenza.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó doña Juana;—¡mezclar en una intriga política á la hija de mi alma! ¡Comprometerla!

—Es que ya está mezclada por la fuerza de la situacion,—dijo el marqués;—es que ya está comprometida, y que una intriga manejada por nosotros, que creó lo entendemos, que nos hemos visto hace algunos años en una situacion muy diferente á la que ahora ocupamos, á la que hemos subido en fuerza de talento, debemos decirlo: en vez de comprometer más á esa señorita, la defenderá. Decidme, marquesa, ¿el rango de esa jóven es tal que pueda pensarse en su enlace con el conde de la Salmedina?

—¡Oh! ¡ella descenderá!

—¡Cómo! ¿Descenderá tratándose de un grande de España?

—Si.

—¡Cómo pues!

—Perdonad, marqués; pero este es un secreto que no me pertenece; un secreto que, sin que os ofendais, yo no revelaré más que al hombre á quien Margarita ame, si este hombre es digno de ella.

—Bien, bien; no insisto, marquesa,—dijo Esquilache;—yo respeto las situaciones especiales en que las personas se encuentran colocadas; no obstante, yo creo que por interés de esa misma señorita debe-

mos conspirar, valiéndonos de ella, contra la influencia sobre el rey de la princesa de Asturias; á la que debemos aturdir, metiéndola en un empeño mayor para ella que la política y la ambicion.

—Y bien, marqués, véremos; yo nada puedo decir cuando nada exacto conozco acerca de esto, empezando porque realmente no tenemos la seguridad de que esa jóven que el conde de la Salmedina ha depositado casa de una tia suya, sea Margarita; esta duda, lo confieso, me tiene inquieta, aturdida y yo no espero más, ni reparo en nada. Voy hacer que me lleven allá. Hazme, pues, el favor, Angélica, de mandarme dos doncellas que me vistan, y de hacer enganchar un carruaje.

—Precisamente,—dijo el marqués de Esquilache, consultando su reloj y confrontándolo con el enorme péndulo que habia en la habitacion,—se acerca la hora de despacho. Adios, pues, amiga mia; espero que cuando nos volvamos á ver, me podreis dar algunas excelentes noticias. Adios, mi querida Angélica.

Y Esquilache se fué.

—¡Oh, Margarita, Margarita!—exclamó doña Juana.—¡Si fuera ella!

Y se hizo vestir, y poco despues uno de los carruajes de Esquilache la conducia á casa de la marquesa de Vallezarzal.

Capítulo XXXVI.

En que se ve que un fraile dominico puede ser individuo de una sociedad secreta.

Retrocedamos al amanecer de aquel mismo dia. A esta hora, muy embozados en sus capas, muy echados los sombreros á los ojos, salieron de una casa de la calle de Cuchilleros el conde de la Salmedina y su criado Baltasar, y tomaron á buen paso, el uno detrás del otro, hácia Puerta Cerrada.

Muy pronto el conde entró en su casa, y seguido de su ayuda de cámara se metió en su aposento.

—Magnífica noche, Baltasar,—dijo á su doméstico el conde, que estaba contentísimo por muchas razones, y principalmente porque con la encontrada marquesa de Letour habia hallado un medio de esclarecer el misterio del origen de Margarita.

—Cada cual cuenta, señor, de la féria como le va

en ella,—dijo Baltasar;—yo he pasado la noche más perra del mundo: mientras vucencia estaba yo no sé dónde, con la señora Anita, Rita me habia dejado en un corredor frio, adonde da la puerta de su cuarto, en el que ella se encerró. Despues, cuando hemos venido á casa de la beata, se ha encerrado tambien, y me ha obligado á pasar lo que quedaba de noche sentado en una mala silla; así es que estoy desmadejado y soñolientó, porque yo no puedo dormir si no estoy cómodamente en el lecho y descorazonado, porque ninguna mujer que ama á un hombre, aunque sea más honrada que el fuego, le trata así.

—Te conoce y te caza, Baltasar,—dijo riéndose el conde de la Salmedina.

—¡Pero si yo no me niego á casarme, aunque mi descendencia venga de color de chocolate! esto es lo que yo digo, señor: cuando se ama no se repara en nada. ¡Cuidado si supone el que yo, hidalgo de solar y de los buenos de la Montaña, no me detenga en tiznar la noble sangre de toda mi descendencia! esto es amar, y lo demás es simpleza.

—Desengáñate, Baltasar; te maduran: aun no se fian, estás un poco verde, y podrias volverte atrás. Cuando te caigas ya de maduro, será otra cosa. Vamos, en recompensa de la mala noche que has pasado y de los buenos servicios que te debo, otorgo á tu mujer, para cuando lo sea, con la expresa condicion de que lo sea Rita, un dote de veinte mil ducados.

—Gracias, señor, muchas gracias; ya sé yo, y lo sé desde hace mucho tiempo, que sirviendo á vucencia tengo hecha mi fortuna; y vucencia sabe tambien cuán desinteresada y cuán lealmente le sirvo yo.

—Gracias, Baltasar; ya lo sé: véte á descansar, hombre; verdaderamente no puedes tenerte de pié.

—Antes tengo que hacer al señor una advertencia importante.

—Veamos.

—La señorita Ana no está segura cerca de la beata.

—¡Cómo! ¿Pues qué has descubierto?

—Cuando salimos, ví que estaba en una puerta de enfrente una especie de sacristan, que en el momento en que reparó que yo reparaba en él se puso á buscar el número de la casa delante de la cual estaba, con lo cual me demostró lo contrario de aquello que él queria que yo creyese, esto es, que nos habia estado acechando. Si vucencia se interesa, como yo creo, por la señorita doña Ana, y con razon, porque es una perla, debe tomar vucencia, segun yo creo, sus medidas; la policia viste todos los trajes, y no hay que asombrarse de que á la policia pertenezca un sacristan, ó que de sacristan se vista para encubrirse mejor un hombre de la policia.

—Has hecho bien en advertirme, Baltasar,—dijo el conde;—anda, anda y busca una cinta encarnada que pueda servir para suspender los dijes del reloj.

—Pues tenemos algunas más rojas ó ménos rojas, carmesí, sangre de toro, púrpura: vucencia ha gastado todas las cintas y todos los colores.

—Bien, bien, tráeme una.

Baltasar salió, y volvió á poco con una cinta de una especie de moaré, de la cual, por una hebilla de oro y de diamantes, pendian una multitud de diges de valor.

—Ponla en un reloj,—dijo el conde;—déjala ahí y vete: esto si no tienes nada más que decirme.

—No, no señor; absolutamente nada más,—contestó Baltasar abriendo un joyero y tomando de él una magnífica repetición de oro, en la cual puso la cinta roja. Vaya,—añadió entonces,—muchas gracias, señor, porque vuecencia me deja descansar.

Y se fué con paso lento y como si no hubiera podido tirar de sus zapatos.

¿Quién le habia espiado?

Baltasar no se engañaba.

Cuando él habia denunciado un espion, cuando él habia reparado en él, este espion existia.

Y este espion pertenecia, á no dudarlo, á aquella sociedad misteriosa por la que el conde se creia protegido.

Ana le interesaba.

Sin que esto perjudicase en ninguna manera á otro grande interés que sentia por María Luisa; sin que á su vez esto perjudicase nada á su inmenso amor por Margarita.

Podrá decirse que el conde estaba un tanto corrompido.

Pero nosotros diremos que esto no era sino muy natural.

El amor puede considerarse como un banquete de muchos platos, sabrosos todos y variables, en el cual hay uno preferible que no se varia nunca.

El conde encontraba divina á Margarita, inmensa, imprescindible.

La princesa era un manjar escogido, exquisito, admirablemente condimentado, y Ana un entremés.

¿Por qué no tener buena mesa cuando se puede? Ella cuesta cara.

Por eso no la tiene más que la gente rica.

Los demás, cuando quieren desengrasar del plato perpétuo, tienen que apelar á la fonda, y ensuciarse el estómago y exponerse á una indigestion.

El conde se hizo peinar y vestir con un traje de paisano.

Almorzó, porque tenia muy buen apetito, y en esto llegaron las nueve de la mañana.

El conde llevaba un precioso chambergo y una capa negra, larga y cumplida, como con intencion de quemar la sangre á los partidarios de Esquilache que le encontrasen.

Pero no iba embozado.

Porque al embozarse no hubiera dejado ver la cinta roja que pendia del bolsillo derecho de su chupa.

Del otro bolsillo pendia una cinta cadena de oro, tambien recargada de diges.

Iba el conde bello y elegante en gran manera, y contento.



Ni aún se acordaba de aquellos dos hombres, uno de los cuales habia matado y otro herido.

Su imaginacion pasaba de Margarita á la princesa, de la princesa á Ana, y por hilacion, de Ana, por medio de la marquesa de Letour, volvía á Margarita.

Era necesario entenderse, pero de una manera indirecta, con el alcalde que debia haber acudido por efecto de la denuncia de Ana, á casa de Calcorra.

Pero la preparacion de esto requería algun tiempo.

Entre tanto, Margarita estaba segura en la casa y al inmediato cuidado de la marquesa de Vallezarzal.

Pero la situacion de Ana era falsa, y urgía sacarla de allí.

Por esto, no habiendo buscado la sociedad al conde, éste, autorizado por ella, la buscaba y ostentaba las señas de que se le habia dicho debia servirse para encontrarse con un individuo de aquella sociedad.

El conde tomó por la calle de Latoneros y la Concepcion Jerónima.

Pero al llegar á la calle de Atocha, oyó tocar á misa en Santo Tomás.

Y como el conde, á pesar de su espíritu aventurero y un si es no es licencioso, era un buen cristiano viejo y oía misa todos los dias, acordóse de que á causa de su suceso se habia olvidado aquel dia del cumplimiento del deber religioso que se habia impuesto, y se entró en la iglesia de Santo Tomás, en la cual, á pesar de que no era dia de precepto, esperaban la misa una multitud de personas.



MOTIN DE FROCHAPPE — 1793 —



MOTIN DE ESQUILACHE. — ¿Tiene vucencia la bondad
de seguirme?

Oyóla el conde, y cuando al salir fué á tomar agua bendita, se encontró con un lego dominico; esto es, con un lego de la casa, que le dijo respetuosamente:

—¿Tiene vucencia la bondad de seguirme?

El conde comprendió que aquella proposicion se relacionaba con su cinta roja, y siguió al lego á la sacristía, y de allí al cláustro bajo, y de allí al cláustro alto hasta una celda, en que el lego le introdujo anunciándole.

Encontróse allí delante de un religioso grave, de la orden de predicadores, alto, cenceño, elegante de tal manera, que la plegadura de su hábito tomaba sobre él un clásico estilo estatuario; afable, y á juzgar por la expresion, hombre de mundo.

El conde reconoció en él al religioso que había celebrado la misa.

—Extraña casualidad, señor conde,—dijo, dándole la mano;—vos en esta iglesia á que no acostumbrais venir, y yo celebrando el santo sacrificio de la misa á una hora que no acostumbro celebrarla; y á vueltas de todo esto, vuestra cinta roja...

—¡Ah! ¡conque!...—dijo el conde.

—Sí, no he querido ocultarme de vos, encubrirme; ¿y para qué? sois un hombre de honor, y estais además gravemente comprometido. Sentaos, sentaos aquí junto al brasero, don Luis; hace mucho frio, y esta celda es muy grande, demasiado.

Se sentaron.

—Por otra parte,—dijo el dominico,—vos, por

la posicion en que por una reunion de circunstancias os habeis colocado sin pretenderlo, sois uno de nuestros miembros más importantes.

—¿Es decir, señor mio,—contestó el conde,—que se me inicia?

—Hasta cierto punto, señor conde, hasta cierto punto; mejor dicho, no se os inicia aún: todo consiste en que yo, porque sé que puedo confiar en vos, me dejo conocer de vos; pero no puedo aseguraros lo mismo del resto de nuestros hermanos; ellos querrán tener más seguridades, y en vos consistirá inspirarles confianza.

—¿Estoy sujeto respecto á vos sin duda á una obediencia ciega?

—No, señor conde, no; pero sí al convencimiento de que os conviene uniros estrechamente á nosotros, y no obedecer, sino cumplir los encargos que se os hagan, cuyo desempeño, sirviendo á la sociedad, claro es convendrá tambien á vos, que sois uno de sus individuos más importantes.

—Permitidme una pregunta, padre,—dijo el conde:—¿habeis estado antes de anoche en el Pardo?

—Sí, y en la misma cámara de la princesa de Asturias; pero no la digais, os lo encargo, que aquel á quien ella llama familiarmente su fantasma, su espectro rojo, es el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, de la orden de predicadores de la casa de Madrid; esto no convendria, y por consecuencia os suplico el más profundo silencio.

—Le guardaré.

—Ahora bien; habladme con toda la franqueza y toda la lisura que queráis.

—Gracias, padre maestro; y aprovechando vuestra bondad, permitidme os pregunte: ¿cómo siendo un religioso católico de la orden de predicadores, y por consecuencia inquisidor, sois al mismo tiempo miembro, y tal vez de los más caracterizados, de una sociedad secreta?

—La pregunta es natural,—contestó el dominico,—y os doy gracias por vuestra franqueza al hacérmela; en nada perjudica, en nada contraría á mi carácter sacerdotal, y ni á los estatutos de la orden á que pertenezco, el que yo forme parte de una sociedad secreta, que nada tiene de religiosa, á no ser que se tome como una religion el amor á la humanidad y el trabajo asiduo, constante é infatigable para producir su mejoramiento; vos direis que usamos de ciertas fórmulas, que vestimos un traje especial, que nos envolvemos en un profundo misterio: estas son las condiciones, *sine quibus non* de nuestra sociedad; posiblemente, tal vez ya encontrareis ó habreis encontrado que nuestra sociedad se vale de medios ilícitos y aun reprobados; pero como nada debe considerarse en la vida de una manera absoluta, á poco que se reflexione poniéndose en el punto de vista de la filosofía y de la experiencia, se comprende que no existe lo reprobable de los medios cuando éstos conducen á un objeto grandemente humanitario; la humanidad es imperfecta, amigo mio, y es necesario dirigirla y encaminarla al bien sin reparar en los

medios de que ha de usarse, cuando estos medios son imprescindibles. Suponed que la inocencia, la virtud, el derecho, cuanto hay de más respetable, os cierran el camino de debeis recorrer para evitar una gran desgracia á la humanidad; es doloroso, pero necesario atropellar por todo. Comparad un mal con otro mal; cuando no hay otra solucion posible, debe aceptarse el mal menor: esto lo comprendeis demasiado.

—Sí, padre, sí.

—¿Qué importa un rey cuando se trata de un pueblo? ¿qué importa la honra de una familia cuando se trata de la honra de toda una nacion? ¿por qué hemos de dejar que continúe un incendio de unas inmensas consecuencias, porque para cortarle nos veamos obligados á hacer algunas víctimas? Hay que tener en cuenta ante todo la conservacion social, y para ello, como medio indispensable, el mejoramiento social por medio de la educacion del pueblo. ¿Y cómo llegar á la educacion del pueblo sin arrollar por cuantos medios sea posibles los obstáculos interesados y egoistas que se oponen á ello, porque su poder se cimenta en la ignorancia pública? ¿Ni cómo no encubrirse dentro del más profundo misterio para poder usar de una manera eficaz y segura de todos los medios necesarios? Creo que no debemos insistir en esto: las sociedades secretas existen desde el punto mismo en que las ha hecho necesarias el desarrollo del estado social; ¿qué era el sacerdote de la India, el copto de Egipto, el augur de Grecia y Roma,

las pitonisas y los sibilas de que se ocupa el Antiguo Testamento; el monje alquimista y astrólogo de la Edad Media, y en esa Edad Media el compañero obrero, el alarife y el albañil? ¿Los que hoy se llaman francmasones, qué son sino los obreros misteriosos de la grande obra humanitaria, la ciencia y la luz, la razon de ser del progreso social? Creo que no debemos insistir en esto: esto es completamente compatible con el estado social y civil de cada hombre, esto es, la ciencia del gobierno, el espíritu de la humanidad que vive en la sombra. No debemos, pues, insistir.

—¡Pero esto es ya una iniciacion!

—Sí, una iniciacion del objeto; pero faltan aún las iniciaciones acerca de la organizacion y de la manera; esto despues: por mi parte, yo, tratándose de vos, descorreria completamente el velo; pero no estoy autorizado. Vengamos ahora á vos, señor conde: ¿con qué objeto me habeis buscado?

—Despues de lo que he oido, yo no debo ocupar á la sociedad en asuntos especialmente míos.

—Ocupad al amigo, señor conde,—dijo afablemente el dominico, y con muestras de gran simpatía respecto al conde.

—He creido ser vigilado,—dijo éste.

—En efecto; la vigilancia es uno de los fundamentos de nuestra asociacion: vos estais vigilado como lo estoy yo, cómo lo estamos todos; pero esto nada significa, nada más sino que se comprende la instabilidad del espíritu humano.

—Yo no me quejo de esa vigilancia; la acepto, y

tanto más cuanto que he creído que esa vigilancia era para mí, más que un peligro, una protección.

—Tal vez, señor conde.

—Ayer...

—Es cierto. Ayer una especie de bribon, un miserable, una cabeza sentenciada, un hombre que vive, porque aún sirve, fué maltratado en el puente de Segovia, y vos le protegisteis: ese hombre ha ido á denunciaros hoy á Esquilache; pero nada temais: Esquilache no se atreve con vos; Esquilache sabe que vos sois el matador del marqués de Arosa, el vencedor del marqués de Letour; pero sabe tambien hasta qué punto es capaz de protegeros la princesa de Asturias; ha echado tierra al negocio, y antes que ponerse frente á vos procurará atraeros: aprovecho la ocasion de daros instrucciones. El marqués de Esquilache os buscará, tal vez por medio de ese mismo Calcorra, á cuya mujer habeis enamorado y enloquecido, y al lado de la que estábais, aun no hace cuatro horas: llevad la corriente al marqués de Esquilache; conviene. En cuanto á la mujer de ese miserable, experimentais temores, porque sois generoso. Y bien, señor conde; estad tranquilo por esa parte: habeis encontrado, por consecuencia de vuestro conocimiento con Ana del Rey, una señora secuestrada por Calcorra, que conoce de hace muchos años, desde su nacimiento, á Margarita de Sacy y de Armagnac.

—¡Cómo!—exclamó el conde, que se puso densamente pálido y se estremeció.—¡Margarita es parienta del marqués de Letour!

—En todo caso, sería su nieta; pero no es ni lo uno ni lo otro: sin embargo, cuando consecuencias indeclinables hagan necesario un reconocimiento de Armagnac en favor de Margarita, aparecerá esta como su nieta, hija legítima de la hija única legítima de Godofredo de Armagnac, marqués de Letour: esto aparecerá de una manera legal, incuestionable; pero no es cierto: Margarita es nieta de una hija bastarda de la reina de España, esposa de don Luis I de Borbon, Luisa Isabel de Orleans, duquesa de Montpensier. Pero no insistamos tampoco en esto: poseemos unas memorias en que esa historia se encuentra por extenso: yo veré si esas memorias os pueden ser facilitadas; no os lo aseguro: esto consistirá en las circunstancias. En cuanto á vuestro enlace con Margarita de Sacy y de Armagnac, que así debemos llamarla, esperadlo: yo no os puedo fijar el plazo: eso consistirá en las circunstancias: podeis entre tanto interrogar á la marquesa de Letour, que os dirá decididamente, dada la situacion en que se encuentra: es mi nieta, y para ello os contará una historia, que no será otra cosa que el final de las memorias en que vos habreis leído ya probablemente ese mismo final, más detallado, más extenso. Por lo mismo, no os apresureis mucho en buscar á la marquesa de Letour; ella no puede deciros tanto como os diremos nosotros. Estad, pues, completamente tranquilo, os lo repito: la hora del peligro aun no ha sonado para vos, y yo estoy seguro de que cuando llegue os encontraremos en vuestro puesto. De hoy en adelante, cuando se os

necesite, yo os llamaré: cuando vos me necesiteis, venid á verme, sea cualquiera la hora del día ó de la noche.

Estas últimas palabras del dominico demostraban claramente que la visita habia concluido.

El conde se levantó, saludó al religioso, le estrechó la mano, y salió lleno de alegría.

Una sola cosa, por efecto de las preocupaciones de su clase, le molestaba.

Margarita provenia de una bastardía.

Pero el amor del conde se sobreponia á todo.

En último resultado, Margarita debia ser reconocida como nieta y heredera, segun se le habia prometido, de monsieur Godofredo De Armagnac, marqués de Letour, principe del Sacro Romano Imperio.

Estos eran títulos bastantes, esta era bastante nobleza para que el conde de la Salmedina pudiese enlazarse de una manera regular con Margarita.

Se volvió, pues, contentisimo á su casa.

Capítulo XXXVII.

De como una sola palabra bastó para que se cortase bruscamente una importantísima conversacion de la marquesa de Vallezarzal y de la de Letour.

Al mismo tiempo que el conde de la Salmedina se volvia á su casa, Magdalena, esto es, la marquesa de Vallezarzal, que era feliz por tener bajo su proteccion á Margarita bajo el nombre supuesto de sobrina suya, se obstinaba en llevarla á la córte y presentarla á la princesa de Astúrias.

—Pero la princesa de Astúrias me conoce, señora,—decia Margarita,—y no puede decírsela que yo soy vuestra sobrina.

—Pues por lo mismo, queridita mia; es necesario que yo me tome la libertad de advertir á su alteza; ella sola te conoce, y como es necesario que no estés emparedada en casa, porque esto seria un mis-

terio en que se repararía demasiado, que provocaría murmuraciones que ni tú ni yo debemos provocar, y como su alteza va á todas partes, es necesario ponerla en antecedentes. Su alteza es buena, tiene mucho espíritu, comprenderá la situación, y no dirá á nadie que te conoce.

Deben tener presente nuestros lectores, que por respeto á Magdalena, por respeto á sí misma, Margarita había guardado un profundo secreto acerca de las relaciones amorosas que existían entre la princesa de Asturias y el conde de la Salmedina.

El apuro de Margarita era formidable.

Y tanto más cuanto que Magdalena tenía razón.

No podía de ninguna manera permanecer en su casa en una situación misteriosa Margarita, sin que los criados lo supiesen, sin que lo contasen, sin que llegase á conocimiento de todo el mundo, sin que por consecuencia se murmurase de una manera impía.

Margarita no podía pedir este sacrificio á una señora tal como la marquesa de Vallezarzal.

No podía tampoco, ya lo hemos indicado, sin prevenirla en contra suya, decirle:

—Don Luis es amante de la princesa, y sin embargo, yo amo á don Luis.

Magdalena no hubiera comprendido esto.

Hubiera acabado por prescindir de una jóven que en la apariencia se mostraba tan transigente.

Además de esto, y teniendo en cuenta el carácter franco y abierto de Magdalena, Margarita tenía la seguridad de que contaría desde el principio hasta

el fin á la princesa cómo habia sido el conocimiento de don Luis con Margarita.

El pensamiento sólo de lo cual era terrible.

La situacion, pues, de Margarita era desesperada.

Y hay que decirlo: temia más por el conde que por ella misma.

No sabia cómo responder ya á la excitacion de Magdalena, que por salir de una situacion difícil queria llevarla á palacio.

Pero hay una Providencia.

En aquellos momentos una doncella anunció la visita de la marquesa de Letour.

—¡Ah, ella!—exclamó Margarita, poniéndose pálida de conmocion.—¡Ella, á quien no he visto desde hace cinco años!

—¿La esposa de ese hombre?—dijo Magdalena.

—Sí, sí señora,—dijo Margarita, que se sentia mala;—mi madre, mi buena madre.

—¡Ah! En ese caso, y puesto que la amas tanto, no la hagamos esperar.

Y Magdalena dió orden de que introdujesen en el salon principal á la señora marquesa de Letour.

Cuando Magdalena y Margarita entraron en el salon, Juana adelantó vivamente.

Margarita corrió á su encuentro, y se arrojó en sus brazos.

—¡Oh, madre mia!—exclamó.

—Sí, sí, tu madre,—dijo Juana, besándola con una pasion infinita, con una conmocion inmensa;—sí, sí, tu madre, hija mia; mejor dicho, tu abuela.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Margarita al oír estas palabras, que eran determinantes.—¡Vos mi abuela!

—¡Sí, hija mia, sí!—exclamó Juana, con una avidez incalculable.—Pero déjame que salude á la noble marquesa de Vallezarzal, en cuyo poder tengo el placer de encontrarte.

—¡Oh, señora!—exclamó con una admirable espontaneidad Magdalena, á quien Juana desde el momento en que la habia visto se habia hecho simpática,—yo me siento feliz por conoceros, y tanto más, porque siendo vos, como lo creo, abuela de Margarita, venís á sacarnos á las dos de un grande apuro: como que podeis representar á vuestra nieta.

—En efecto, señora, ese es mi deseo,—respondió Juana, sentándose á la par de Magdalena y de Margarita, y en medio de ellas en un sofá.—A consecuencia de una sucesion de acontecimientos extraños, he sabido que mi nieta estaba aquí; mejor dicho, lo he adivinado, porque no se me habian dado noticias exáctas, y todo provenia de deducciones: era necesario salir de dudas, y he venido, y te he encontrado, hija mia.

—Pero decidme...—exclamó Margarita,—habladme libremente; mi amiga, mi buena amiga la marquesa de Vallezarzal, sabe por qué y cómo he venido yo á su casa acompañada del conde la Salmedina, su sobrino; pero esto es terrible: á causa de la revelacion que he hecho á mi amiga, resulta que vuestro esposo... que mi abuelo, porque si vos sois mi abue-

la, madre de mi madre, él es mi abuelo, y resulta falso lo que yo creía saber, lo que se me había revelado por vuestro mismo esposo.

—Veamos, veamos, Margarita,—dijo Juana,— juzguemos de esa revelacion.

—Vuestro esposo me dijo... puedo repetirlo delante de vosotras dos, mi buena madre, mi buena amiga, porque ya os he dicho Magdalena todo lo que de mí sabia... Vuestro esposo me dijo que yo era hija de una desventurada, nacida de la reina Isabel Luisa de Orleans, esposa de Luis I.

—Y no ha mentido De Armagnac: sin embargo, por ante las leyes tú eres hija de nuestra hija Luisa Isabel, desaparecida ó muerta, no se sabe cuál de las dos: si De Armagnac supo lo que de tu madre había sido, ha guardado un profundo secreto, que continúa siéndolo para mí: aunque llamo nuestra hija á tu madre ante las leyes, tu madre fué reconocida al ser bautizada, como su hija natural, por el caballero Godofredo de Armagnac: despues fué reconocida tambien por mí, y legitimada por mi subsiguiente matrimonio con el señor Godofredo de Armagnac, ya marqués de Letour y príncipe del Sacro Romano Imperio.

Magdalena escuchaba con suma bondad, y no le placia, á decir verdad, mucho toda aquella historia, tratándose de Margarita, á quien amaba ya, y de la que estaba mortalmente enamorado el conde de la Salmedina, su subrino, á quien tanto amaba.

Verdad es que Margarita habia sido completa-

mente franca con ella, y le habia revelado que su origen era bastardo, que provenia de la reina Isabel Luisa de Orleans y de una persona, respecto á la cual lo ignoraba todo, empezando por el nombre.

Magdalena hubiera preferido aquella bastardia real, pura y simplemente sin la inmiscucion de otras personas en la historia.

—Yo soy romana,—dijo continuando Juana,— como tú eres veneciana, mi querida hija.

Un dia un señor poderoso, un cardenal, me dijo:

—Giovaneta, es necesario que te pongas en marcha para España, y que te encargues de una niña.

—¿Sois noble por vuestro origen, señora?—dijo Magdalena, que no pudo contenerse.

—No, señora,—contestó tranquilamente Juana;— yo soy hija de un pescador del Tiber.

—Y bien,—dijo Magdalena, disimulando su contrariedad, porque á pesar de la bondad de su carácter obedecia á las preocupaciones nobiliarias, hijas de su educacion;—no importa, puesto que os llamais la marquesa de Letour.

—Es verdad; ¿qué importa eso en el mundo en que vivimos?—dijo Juana, sonriendo de una manera que dejaba trasparente un ligero tinte de amargura;— hoy no se mira de dónde venimos, sino dónde estamos: ahí teneis á mi ilustré amigo el marqués de Esquilache... más aún: el rey de España.

—¿Cómo! ¿Vos, señora, sois amiga de ese hombre?—dijo con un marcado acento de contrariedad Magdalena.

—Se llama amigos á los conocidos, y yo conozco desde hace mucho tiempo á Esquilache, y más tiempo aún á su mujer.

Por ella conocí al señor Leopoldo Esquilache; Angélica era una señorita noble de Nápoles; Esquilache un vagabundo que no se sabia de dónde habia salido, que no se sabia de qué vivia; pero era un joven lleno de ingenio, audaz y emprendedor, á juzgar por su apariencia; cuando le conoció mi amiga Angélica, se le hubiera tomado por un caballero; cuando llegó el momento de su enlace, se supo que Leopoldo Esquilache era de una humilde condicion, hijo de unos pobres diablos que habian muerto de miseria.

Pero ya no era tiempo de retroceder.

Se habia dado escándalo.

Angélica estaba comprometida.

Por la influencia de su familia, y á fin de adcentar á Esquilache, se le dió un empleo en la corte, y este fué el origen de su fortuna.

Supo captarse el afecto del rey, y cuando por muerte de su hermano don Fernando cambió el trono de Nápoles por el de España, Carlos III se trajo consigo á Esquilache, á quien ya habia ennoblecido y hecho marqués, y le nombró su primer ministro.

Hé aquí toda la historia.

Nadie busca hoy los principios del marqués de Esquilache.

Le basta á todo el mundo mirar la inmensa altura en que se encuentra.

El que no le adula, le respeta; y el que no le respeta ni le adula, le teme.

—Convenid, sin embargo, en que hay muchas personas, que ni respetan, ni adulan, ni temen á Esquilache,—dijo la marquesa.

—Convenido, porque yo soy una de las personas que ni adulan, ni respetan á Esquilache, porque le conozco bien; pero en cuanto á lo de no temerle; es inexacto: él es capaz de todo cuando necesita remover un obstáculo que se le cruza en el camino, y yo no sé hasta qué punto podia ser yo un obstáculo para Esquilache, porque creo que un pariente vuestro, señora, ama á Margarita y es amado de ella; el señor conde de la Salmedina, segun el mismo Esquilache me ha dicho.

—¡Cómo!—exclamó Magdalena algo inquieta:—¿vos creéis que á causa de esos amores con Margarita, que me apresuro á decirós apruebo sin condiciones, mi sobrino está expuesto á enredarse con Esquilache?

—Acerca de las intenciones de Esquilache, nada se puede decir, porque él no las deja conocer á nadie; cuando más franco y más leal parece, es cuando más se encubre y más medita una felonía; sí, esta es la expresion, yo soy sincera: además, si yo he conocido, si he tratado á Esquilache, si continuo tratándole, es por su mujer, por Angélica, á la cual amo como á mi hermana.

—Pero mi sobrino...—insistió Magdalena.

—Yo le creo acechado por Esquilache; ¿con qué

fundamento? yo no puedo deciroslo: Esquilache quiere estar bien con él, quiere atraerlo, y esto es peligroso; pero, en fin, conspiraremos contra Esquilache, porque aunque marido de Angélica, para mí antes que Angélica es Margarita, y Margarita ama á vuestro sobrino, y vuestro sobrino la ama á ella, y se casarán; ¡oh! ¡sí! ¿porqué no se habian de casar, si se aman? Pues qué, ¿no es ilustre mi Margarita?

Y Juana besó en la frente á la jóven, que sufría de un modo imponderable, porque no sabia hasta qué punto podía llegar con sus revelaciones la marquesa de Letour.

Sin embargo, se resignaba á la situacion.

—Pues, sí, sí,—continuó Juana;—volviendo al origen de Margarita, un dia me dijo monseñor Guglielmo, cardenal y obispo *in partibus* de Siracusa:

—Giovaneta, vete á España; allí te entregarán una criatura, niño ó niña, no se sabe aún, que criarás.

—¡Cómo! ¿Pues qué? ¿érais casada?—dijo interrumpiéndola Magdalena.

—No, señora,—contestó tranquilamente Juana;—yo no puedo engañaros, señora.

—Entonces, si podiais criar una criatura...

—Yo era la querida de monseñor Guglielmo.

Margarita se puso pálida.

En cuanto á Magdalena, pasó por ella una cosa formidable.

Se puso sucesivamente pálida, encarnada, lívida.

Se pintó en sus ojos algo indefinible.

Permaneció algunos segundos como bajo el efecto de un golpe tremendo, y luego se levantó, saludó, y se fué.

—Perfectamente,—dijo Juana;—esa es una bendita señora; pero yo te quiero para mí sola, ¿entiendes, Margarita? para mí sola; y vámonos, hija mia, vámonos; no nos ha echado de palabra á la calle, pero lo que ha hecho equivale con creces á una despedida.

—¡Oh, madre mia, madre mia! ¿Qué habeis hecho?—exclamó en el colmo de la angustia Margarita.

—Conquistarte para mí; vámonos cuanto antes: evitemos que se nos pase un recado que podria ofendernos demasiado.

—¿Y él, y él?

—Si él te ama como tú mereces ser amada, hija mia, saltará por encima de todo, y si no te demostrará que no te ama, y tú no debes amarle; pero vámonos cuanto antes.

—¡Oh! ¡Dios mio! Si, sí, salgamos cuanto antes: yo no me atreveria á soportar la vista de esa señora.

—¡Pues no faltaba más sino que la prefirieses á mí!—exclamó Juana.—Vamos, hija mia, vamos.

Y arrastró consigo á Margarita, que sin nada en la cabeza, con el traje que le habia procurado el dia antes Eduvigis, siguió á Juana, y llegó con ella al coche que la esperaba á la puerta.

—A casa,—dijo al lacayo que estaba á la puer-
tezuela.

El carruaje se puso en marcha, y un cuarto de
hora despues Juana entraba acompañada de Marga-
rita casa del marqués de Esquilache.

Capítulo XXXIII.

Capítulo XXXVIII.

Algo más sobre el carácter de la marquesa de Vallezarza.

El conde de la Salmedina estaba en un momento de inmensa alegría, y por lo mismo, para entregarse á ella, necesitaba de la soledad.

No habia salido, pues, de su casa desde que, de vuelta del convento de Santo Tomás, habia entrado en ella.

Se paseaba por su cuarto, hablaba como un loco y reia como un niño.

De improviso asomó á la puerta un maestresala, que dijo respetuosamente:

—Señor, ahí está Roque, el mayordomo de la señora, que viene á avisar á vucencia de que su excelencia está gravemente indispueta.

La señora, como habrán comprendido nuestros

lectores, era la marquesa de Vallezarzal, tia del conde.

Este se sofocó, se atragantó, porque adoraba á su tia, y sin pedir un carruaje, por no esperar á que le engancharan, escapó.

Encontró á Magdalena acometida por una congoja.

Y no bastaba esto.

No pudo ménos de reparar en que al lado de Magdalena no estaba Margarita.

No pudiendo contener su ansiedad, y no pudiendo preguntar á Magdalena, que no estaba en estado de contestarle, preguntó á los criados más inmediatos á su tia.

—Esa señorita,—le respondieron,—se ha ido con una señora muy hermosa, que sin duda ha venido por ella; desde que se fué está acongojada la señora y sin poder hablar.

¿Quién podia ser aquella señora tan hermosa que de casa de Magdalena se habia llevado á Margarita?

No podia ser otra que la marquesa de Letour, avisada sin duda por Esquilache, que debia haber sido avisado por Calcorra de que Margarita estaba casa de la marquesa de Vallezarzal.

¿Había perdido á Margarita?

Don Luis se arrepentia ya de haber sido causa de que saliese de su secuestro la marquesa de Letour.

Su alegría de un momento antes, se habia convertido en un terror inexplicable.

Su corazon, su temor de perder á Margarita, le

impulsaban á la casa del marqués de Esquilache; pero su cariño por Magdalena le retenia á su lado.

Al fin, gracias á los esfuerzos de los médicos, la congoja pasó, y apenas pudo hablar cuando dijo:

—Salid todos: quédate tú, Luis; necesito hablarte.

Quedaron solos el conde y la marquesa, y ésta le dijo:

—Tú no me has dado nunca voluntariamente un disgusto.

—Ni involuntariamente, mi querida tia,—dijo el conde.

—Sí, tú me has hecho sufrir mucho: ¿por qué? sábelo Dios: no se puede tener un hijo como tú, aunque como tú sea bueno, sin grandes sufrimientos; pero, en fin, aquello ya pasó; no puedo culparte de aquellos sufrimientos; pero el disgusto que acabas de darme, Luis, no te lo perdono.

—¿Pero qué disgusto, tia?

—¡Ah! ¡déjame, déjame! ¡qué horror! ¡Y hay quien fie en las apariencias?

—¡Pero, tia!

—¡Y yo que la creia un ángel! ¡Yo que estaba dispuesta á mentir por ella y por tí, y que habia cerrado los ojos á una multitud de inconvenientes!

—¿Pero qué tiene que ver con todo esto Margarita?

—No me hables, no me hables de esa mujer.

—¡Esa mujer, tia!

—Sí, sí; he dicho mal, esa aventurera; una mujer, por humilde que sea, puede ser honrada; si, si, una aventurera.

El conde se quedó helado.

Se revolvió algo insoportable en su alma.

Sintió una agonía horrible.

Se le nublaron los ojos.

—¡Oh! ¡imposible! ¡imposible!—exclamó:—¡Margarita una aventurera!

Y su voz temblaba al decir estas palabras, y era apenas perceptible.

—¿Y qué es más que una aventurera una mujer que ha sido educada por otra tal como la que ha venido por ella?... su abuela adoptiva, ó yo no sé qué... una marquesa italiana que ha sido pescadora, y ama de cria, y querida de un cardenal; ¡oh! ¡qué lodo! si yo no me entiendo, yo me embrollo: yo no sé cuántas enormidades he oido. ¿Entiendes tú, Luis? Una llamada marquesa, una bribona que se atrevia á hablar conmigo, y á quien yo trataba con una grande atencion, para que acabara por decirme despues de algunas cosas enormes, por las cuales habia yo pasado por quererte á tí y á tu falsa compañera, que será tan buena como la otra:—Yo no era casada: yo era la querida... ¿entiendes bien, Luis? ¡la querida! ¿y de quién, gran Dios, de quién? ¡de un cardenal! ¿Qué iniquidad, qué sacrilegio, qué horror, y sobre todo, qué desvergüenza!

El conde no sabia qué decir.

Miraba con los ojos desencajados á Magdalena, y estaba pálido como la muerte.

—No me hables, no me hables más de ella, ni para disculparla, ni para nada,—continuó la mar-

quesa; —no quiero oír hablar de esa mujer ni de su madre, que se ha perdido y no se sabe por dónde anda; ni de su abuela, una marquesa extranjera; ya sabes tú lo que son los títulos extranjeros. ¡Pues! una marquesa que ha sido pescadora, nada tendría esto de extraño, porque San Pedro fué pescador; pero era un santo, y esta marquesa es una bribona, ama de cria, soltera y querida... vamos, no sé cómo me atrevo á pronunciarlo... ¡querida sacrilega! no digamos así como se quiera de cualquier frailuco legote y mendigante; no, no señor; de un sacerdote, y de un sacerdote príncipe de la Iglesia. ¡Qué execración! ¡qué escándalo! ¡qué infamia! ¡Y decírmelo esto á mí; á mí, Luis, á mí, á tu tia! ¡hacerme tragar toda esa hiel y vinagre, y toda esa podre! y á todo esto andando en el cuento la calumnia, diciéndome que esa mujer viene de reyes; bien es verdad que esto ya me lo había dicho ella... que había tenido la avilantez de decírmelo; ¡y yo estúpida, yo imbécil, yo inocentona, arrastrada por las apariencias! ¡Ya se ve!... es hermosísima, eso sí: todas esas serpientes son hermosísimas, y además hipócritas.

—¡Por el amor de Dios, tia! ¿no veis que me estoy muriendo?

—No la defiendas, no, no la defiendas; tú estás obcecado como lo estaba yo; ella te ha engañado como me ha engañado á mí. ¡Pero, señor, si parece un ángel! ¿quién puede fiar en lo que las gentes parecen? pero no, no, es un demonio. Su abuelo enamorado de ella, ella huyendo de las pretensiones de su

abuelo; ¿se puede dar una gitanería más completa, Luis; peor aún, una judiada? ¿Y que te hayas tú comprometido batiéndote con un canalla, abuelo ó qué sé yo lo qué, de una tal mujer?

—Aquí hay un misterio, tia,—exclamó ansioso el conde.

—¡Misterio! ¡misterio! bien se conoce que tú no has visto á la otra, á la abuela; que no la has oido: ¡qué descaro! ¡qué sangre fria! ¡qué franqueza tan espantosa! ¡Oh, qué mujer! Y miento, sí, miento; esa mujer no puede ser abuela de la otra, ¿cómo ni cuándo ha podido ser su abuela? La otra tiene veinte años, y la que se dice su abuela todo lo más que tiene son treinta y cinco, todo lo más, sí señor, y hermosa. Yo no sé por qué Dios consiente, El me perdone, que sean tan hermosas esas víboras; así anda el mundo. Supongamos que esa mujer, la fingida abuela, tuvo una hija á los doce años, que su hija tuvo otra á la misma edad; tenemos veinticuatro, y veinte de la otra, cuarenta y cuatro. Imposible, de todo punto imposible. Habian de empeñarse en que yo lo creyera frailes franciscos, y yo no concederia más que treinta y cinco años, y aun así siendo generosa, á esa pretendida abuela. De modo que esas dos mujeres han venido aquí, la una detrás de la otra, á hacer escarnio de tu tia, de tu buena tia, de tu madre, á quien nadie ha osado decir jamás lo que ellas se han atrevido á decirla. ¡Luis, yo tengo sobre tí derechos incontestables, yo te veo perdido, enloquecido por esa mujer! Conozco que á pesar de que

sabes que yo no miento, ni soy lerda, ni tengo mal corazón, dudas de lo que yo digo, te pones de parte de esa mujer.

—No, tia, no; estoy aterrado; lo que me decís es muy grave; podrá ser la hipocresía de la mujer; la mujer es impenetrable. Pero no, no, imposible, tia mia; nos engañamos, nos fascina no sé qué. Aquí hay un misterio, yo os lo aseguro; un misterio que hay necesidad de aclarar.

—No, no,—contestó la marquesa;—yo no tengo necesidad de aclarar nada, Luis; entiéndelo bien: no tengo necesidad de otra cosa que de decirte terminantemente que me darás un disgusto mortal si continúas pensando en esa mujer, y que no cuentes conmigo para nada si llegas á casarte con ella. ¡Oh, si te casas con ella te desheredo, Luis!

—¿Pero no comprendéis, tia,—exclamó el conde,—que es imposible ser como es Margarita y no ser un ángel?

—¡La serpiente de hermosa escama!—exclamó la marquesa;—en fin, no hablemos más de eso. Mira, yo no quiero tener aquí nada que me recuerde esa mujer: lo único que aquí ha dejado, además de su mal olor, que se quitará con un sahumero, ha sido su mantilla; allí está, allí está en el armario de mi tocador; llévatela, Luis; no quiero verla, ni siquiera que esté en casa, además de que es una cosa que no me pertenece; envíasela.

—¿Pero dónde está Margarita?—exclamó el conde.

—¡Ah, qué tenacidad!—dijo la marquesa.—Su abuela, como ella dice, anda yo creo por la casa de ese pícaro de Esquilache; por allí tambien debe andar la otra; anda, anda, Luis, métete con botas y espuelas casa de ese bribon, encanállate en buen hora, tú eres muy libre; pero una de dos: ó ellos ó yo: no hay medio, me cierro á banda, no transijo. Tengo derecho á ello; te he criado, soy tu madre, me lo debes todo, y más, mucho más de lo que tú crees; en fin, tengo derecho á que me obedezcas.

—¿Y si yo os patentizara un dia que Margarita?...

—Imposible, y sobre todo, no quiero. Gracias á Dios que se han ido á tiempo, y que no ha permitido que yo me ponga en ridículo presentando á esa mujer en la córte bajo el nombre de una de nuestras parientas. Vamos, yo tambien he estado loca; es mucho, mucho lo que saben estas mujeres. Ella decia que aquí no la conocia nadie, nadie más que la princesa de Astúrias; ¿por qué habia de conocer la princesa de Astúrias solamente á esa mujer, y no habia de conocerla nadie más? Así es que ella se negaba redondamente á ir, alegando que doña Maria Luisa la conocia; yo la aseguraba que eso importaba muy poco, que se pondria en antecedentes á su alteza, y que en vez de tener una sola protectora, tendria dos. Ella se ponía pálida, lívida, aterrada. ¡Ah, la mala mujer! ¡Quería vivir encerrada aquí, oculta!

—Es que vos no sabeis, tia,—exclamó fuera de sí, olvidado de todo el conde;—es que la princesa de Astúrias me ama, y esto lo sabe Margarita.

—¡Que te ama la princesa de Astúrias!—exclamó la marquesa, mirando con asombro, pero con un asombro que no tenia nada de espanto, á Luis;—sí, es posible, tú has nacido para que te ame todo el mundo; pero huye, huye de esos amores, hijo mio: en primer lugar, la princesa es una mujer casada; en segundo lugar, es una princesa, y estos amores reales suelen tener muy malas salidas. Acuérdate, acuérdate del pobre conde de Villamediana. Mi abuelita, mi pobre abuela, tu bisabuela, me contaba como mataron al conde entre las gradas de San Felipe y la casa del conde de Oñate, y me decia como estaba en el lecho imperial, que ella le vió. ¡Ah, Luis, Luis! olvida esos dos amores; el de la princesa y el de la aventurera. Yo sé bien que tú has nacido para que te amen todas, pero tú no debes amar más que á una sola. Elige, elige una de nuestras parientas, Luis; las tenemos preciosas, bien educadas, buenas niñas, que te miran cuando te ven, que se les van los ojos detrás de tí á las pobrecillas.

En aquel momento entró una doncella que traia en una bandeja de plata una carta, que dió á la marquesa, y se retiró.

Magdalena abrió la carta, fijó la vista en la firma, y dijo:

—¡Qué insolencia! ¡Pues no se atreve aún á escribirme esa mujer?

Y fué á rasgar la carta.

Pero el conde se lo impidió.

—No, tia, no,—dijo;—todo papel debe leerse; no

—sabemos lo que esa carta puede decir; tal vez contenga excusas, razones...

—Toma, toma y lee,—dijo la marquesa.—Esta carta me quema las manos, me parece que me va á contagiar.

El conde leyó:

«Excelentísima señora marquesa de Vallezarzal.

»Muy señora mia y de mi mayor consideracion: Debo confesaros que he estado por demás excéntrica, á causa de una debilidad mia, á causa de la pasion que siento por mi nieta; es muy posible extrañeis y no creais que Margarita es mi nieta; yo, desgraciadamente, represento la mitad de la edad que tengo; puedo probarlo de una manera indudable, como puedo probar que antes de contraer matrimonio con el excelentísimo señor marqués de Letour fui la esposa de un capitan de la guardia suiza del Santo Padre; más de cuarenta y cinco años há quedé viuda y con un hijo, que para mi mal murió; que Luisa Isabel es hija legitima mia y del marqués de Letour. De la misma manera que mi nieta Margarita es hija legitima de mi hija y del príncipe de Otranto. Pero habeis de saber, señora, que nuestra familia, por razon de la política, se encuentra en una situacion difícil; que lo que yo acabo de revelaros en esta carta, que ruego quemeis, no puede decirse; que yo temí pretendiéseis retener á Margarita, y que Margarita pretendiese quedarse con vos. Yo sabia demasiado lo que habia que hacer para que vos me la abandonáseis, y lo he hecho, inventando una historia que os

ha espantado. Pero despues de tener á mi nieta en mi poder, he comprendido que debia excusarme con vos, y lo hago así en esta carta, ofreciéndoo, si lo deseais, la prueba completa de lo que en ella afirmo. Así, pues, señora, olvidaos de mi excentricidad, perdonádmela, y sabed siempre que os respeta y os admira, vuestra servidora,

LA MARQUESA DE LETOUR,

»P. S. Margarita me encarga deciros que os ama.»

—Y bien, y bien,—exclamó un tanto confusa la marquesa de Vallezarzal, pero con ménos energia que antes, vacilando:—eso debe ser tambien otra mentira. Vamos, esto es demasiado extraordinario; una mujer de sesenta años, que parece que sólo tiene treinta y cinco.

—Pero decidme, mi querida tia,—exclamó el conde;—¿cuánta edad os da el espejo?

—¡Oh, calla, calla; quítate allá, Luis!—exclamó la marquessa.

—¡Si yo os dijera, tia,—contestó Luis,—que he estado enamorado de vos y que he tenido que hacer un violento esfuerzo; que he luchado lo que no sabeis para que mi amor no se convirtiese en una passion por vos!

—Te prohibo que continúes, Luis,—dijo la marquesa, que se habia puesto mortalmente pálida;—no llesves tu libertinaje hasta el punto de hacer la córte á tu tia. Sobre todo, no seas hipócrita ni embustero.

—De eso se puede hablar ya tranquilamente, tía; aquello no pasó de ser un sueño que ya pasó, que yo dominé completamente. Ahora os amo, os amo con toda mi alma; pero con un amor completamente filial, en armonía con el amor maternal que me teneis; pero ese no es un obstáculo para que yo aduzca como prueba, de que la marquesa de Letour puede tener sesenta años y no representar más que la mitad, como vos, mi querida tía, como vos, que estais hermosísima. Hay naturalezas privilegiadas, mi buena tía; ahí teneis las Ninon de Lenclos, la Maintenon, la Pompadour, la misma reina Isabel de Farnesio, y aun viniendo á la gente comun, vuestra doncella Clara, que pasa de los sesenta largamente, y apenas si representa cuarenta, magníficamente conservados, hermosos...

—No hablemos, no hablemos más, Luis, —dijo la marquesa, que apenas podia contener su agitacion. —Yo confio en que tú serás prudente, en que conocerás lo que á tí mismo te debes. En cuanto á mí, sea lo que quiera este negocio, prescindo completamente de él; siempre tendremos un misterio, y á mí no me gustan los misterios; siempre tendremos un abuelo incestuoso y miserable.

—Pero eso no es culpa de Margarita, tía, y ese hombre está bien castigado.

—Nada, nada, no hablemos más de esto, hasta que puedas probarme de una manera clara como la luz del sol, que esa jóven es realmente lo que parece; que en efecto, es hija legítima de Isabel Luisa

de Armagnac y del principe de Otranto; que Isabel Luisa de Armagnac es, en efecto, ó fué, hija legitima de los marqueses de Letour; que este marqués no es un aventurero, y que la marquesa fué en efecto viuda de un capitán de los suizos del Papa, noble, y de ninguna manera proveniente de un pescador del Tiber. Yo seré muy feliz si me pruebas todo eso, porque veo que tú estás ciegamente apasionado de ella, y porque á pesar de todo, ella me ha apasionado también á mí. Oye, no la llesves su mantilla, no; sería demasiado: podrá suceder muy bien, que por razones que yo no comprendo, unas malas apariencias me hayan predispuesto contra ella; yo me alegraré mucho de verme obligada á excusarme; y oye, hijo mio, yo no las he echado á la calle; fué únicamente, que cuando ese diablo de marquesa de Letour me dijo que habia sido la querida de un cardenal, no sé lo que pasó por mí; la verdad es, que cuando he vuelto en mí de la congoja que me acometió, no pude darme razón de cómo me habia yo quitado de delante de ellas.

—Ellas no os culpan de seguro, mi querida tia.

—Déjame, déjame, zalamero; harás de mí lo que quieras. Mira, hijo mio, vete, yo no te necesito; me he repuesto completamente, y tú te estás muriendo; anda, anda y averigua, hijo. Yo tambien tengo una gran necesidad de sacar en limpio todo este enredo; pero oye, quema esa carta, como lo previene la marquesa, y sobre todo esto un profundo secreto. Anda, hijo mio, ve.

Don Luis no se hizo de rogar, y salió rápidamente.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Magdalena.—¡Que él ha sentido por mí un amor como el que yo he sentido por él! Y bien, cuando no nos hemos entendido, era que Dios no lo quería. El ha dominado su amor, yo le he dominado también; continuemos, continuemos siendo madre é hijo.

Aquella escena habia sido demasiado dura.

Se la habian reverdecido á Magdalena sus antiguas heridas.

Habia estado á punto de caer de nuevo en la tentación.

La venció, sí, pero se sintió mala, y se vió obligada á permanecer en la cama.

Capítulo XXIX.

Los unos tras de los otros.

Margarita, que se habia sentido feliz al encontrar á Juana, se sentia terriblemente contrariada, aterrada, por la situacion en que ésta la habia colocado.

Esto no queria decir que Margarita no sintiese un gran consuelo, un gran contentamiento al verse protegida y autorizada por la marquesa de Letour, y llevando un nombre ilustre y legítimo.

Aquella habia sido una inmensa sorpresa para Margarita.

Al fin podia presentarse ante las gentes sin verse obligada á sufrir humillacion de ningun género.

Ya sabemos que Margarita era excesivamente activa.

Además de esto, habia otra razon para que Mar-

garita se alegrase de encontrarse autorizada por la marquesa de Letour.

Podía presentarse en la córte sin temor.

No había en manera alguna necesidad de que María Luisa supiese que al huir ella de la quinta de los Encinares, había encontrado al conde de la Salmédina.

Había que inventar una historia.

Pero esto era muy fácil.

Podían, pues, encubrirse perfectamente, mientras fuese necesario, sus amores con el conde de la Salmédina.

Pero respecto á lo que éste podía juzgar por la escena que había sobrevenido entre la marquesa de Vallezarzal y la de Letour, Margarita agonizaba.

Había visto claramente que Magdalena, contrariada en sus costumbres, en sus creencias, en su manera de ser, en una palabra, por la ruda é inconcebible franqueza con que Juana había hecho una manifestacion de todo punto extraña, audaz é inconveniente, no había pensado en nada, sino que se había aturdido, se había sentido violentada de una manera terrible, y había huido.

Pero la situación estaba lanzada.

Margarita sabía demasiado que al reponerse de su estupor, de su pánico, por decirlo así, Magdalena llamaría á don Luis, y se lo revelaría todo.

¿Qué pensaría don Luis de ello?

¿Se desencantaría en vista de aquella revelacion?

Ella no habia podido decir á don Luis al contarle su historia, nada de lo que Juana habia dicho.

Ella no habia sabido nada de aquello de ser hija de un pobre pescador, ni que hubiese sido querida de un cardenal, y por consecuencia de esto, enviada á España al Pardo para servir de nodriza á la criatura bastarda que debia nacer del adulterio de una reina.

Esto aterraba á Margarita.

No sabia qué efecto podria producir en don Luis, no sabia hasta qué punto las graves dificultades que se cruzaban ante su amor podian perjudicar á éste.

El conde de la Salmedina estaba obligado por su posicion, por su honor, á respetar las conveniencias.

Esto de una parte, de otra la influencia del amor de María Luisa, podian hacer que el conde prescindiese primero de sus amores con ella, y que los olvidase despues.

Margarita estaba desesperada.

Y á pesar de esto se alegraba de haber encontrado á la marquesa de Letour, á su querida madre, como ella la llamaba, á la que tanto habia echado de ménos durante los horribles cuatro años que habia pasado en el exclusivo poder de Godofredo De Armagnac.

Tan difícil era la situacion de Margarita.

Por sí misma y por sus amores con el conde, se veia de una parte satisfecha, de la otra aterrada.

Era una situacion de todo punto extraña y excep-

cional, producida naturalmente por extraños y excepcionales sucesos.

Margarita habia seguido á Juana, por amor y por necesidad.

Pero hubiera querido seguirla en otras condiciones, y haber ido con ella á otra parte que á la casa de Esquilache.

Ella sabia demasiado hasta qué punto era contrario á Esquilache don Luis, y ella misma sentia una viva repugnancia al solo nombre de aquel ministro corrompido, inmoral y soberbio, que con sus reformas, que con sus tendencias á dominarlo todo, habia sublevado contra él todos cuantos elementos puede tener contra sí un gobierno, á excepcion del poder real, que á pesar de su fuerza, no podria sostenerle en un momento dado.

Porque la mayor de todas las fuerzas, aquella contra la cual son impotentes, como decia Napoleon I, de todo punto impotentes las bayonetas, los cañones, los grandes soldados y los grandes capitanes, es la fuerza de la opinion pública.

Parece, sobre todo para los que no piensan, en ciertas situaciones de elaboracion, que la opinion pública está vencida, dominada, aherrojada; pero esto no es cierto: es que la opinion pública demuele y emplea el tiempo necesario, indispensablemente necesario, para la demolicion.

Despues, los que han dudado de la fuerza de la opinion pública, se encuentran de improviso con que el edificio ruinoso, acometido por ella, ha desapare-

cido, y que no quedan más que los escombros, sobre los cuales continúa el trabajo de destrucción, de aniquilamiento, hasta reducirlo á un polvo impalpable, que impulsa y disemina el más leve vienteillo.

La humanidad no cesa en su tarea de mejoramiento, en su marcha constante y progresiva hácia la luz; esto es, hácia la justicia; esto es, hácia la libertad.

La humanidad hace su camino como puede hacerlo; pero no detiene su marcha; no hay fuerza alguna que la detenga.

Puede hacérsela lenta; pueden venir situaciones en que parezca que la humanidad retrocede; pero esto no es cierto: la humanidad progresa por medio de reacciones necesarias.

La humanidad deshace, por decirlo así, los avances inmoderados; mejor dicho, las pasiones, las impaciencias, los errores, que la han sacado de su camino, que la han extraviado.

Pero al deshacer estos errores, no es que retrocede: es que vuelve á tomar su verdadero camino.

En una palabra, el progreso avanza por medio de aparentes reacciones.

Esquilache era una exageración.

Esquilache se creía más fuerte de lo que lo que en efecto lo era, para contrariar de una parte al pueblo español, y de otra para obligarle á avanzar más de prisa que lo que él quería y podía avanzar.

Porque, fuerza es confesarlo: gran parte de las reformas planteadas por Esquilache eran buenas;

pero las rechazaba el sedentarismo y el apego á las costumbres, buenas ó malas, de los españoles, y tanto más, cuanto que aquellas reformas provenian de un extranjero sostenido por un rey, á quien creian extranjero tambien, porque viniendo de una dinastía tambien extranjera como la de Felipe V, y aunque habia nacido en España, habia salido muy jóven de ella para ser rey de Nápoles, y los españoles le habian extranjerizado, se habia extranjerizado él mismo.

Y aquel llamado el buen rey Carlos III, no era, que digamos, muy querido de los españoles, ni él ponía gran cosa de su parte para que le amasen.

Si su reinado fué próspero por una larga paz, y por los grandes rendimientos de la Hacienda, y por el gran desarrollo de la riqueza pública, no fué esto obra suya, sino en gran parte de las circunstancias, y en cuanto á lo demás, de los hombres de gobierno que le rodearon.

En cuanto á Esquilache, no podia darse un hombre más impopular.

Se sostenia y mandaba simplemente por una cuestion de fuerza.

Estaba desprestigiado, y se contaban de él horrores y bajezas.

Margarita no estaba en estos detalles, porque como pudiera muy bien decirse, era nueva en el mundo real.

Ella habia vivido hasta entonces en un mundo aparte, entre la melancolía y la meditacion que inspira la naturaleza silenciosa y desierta.

Pero la habia bastado, respecto á Esquilache, para juzgarle, con lo que habia oido de él á don Luis, y la contrariaba terriblemente á causa de don Luis, y por su propia repugnancia á todo lo que era innoble, ir á casa de Esquilache.

No pudo ménos de quejarse de ello á Juana antes de llegar, en el carruaje aún.

—Y bien,—contestó Juana;—lo importante es que yo te tenga. Yo comprendí demasiado que dada nuestra situacion, para tí no habia eleccion dudosa entre permanecer en la noble y digna casa de la buena marquesa de Vallezarzal, ó venir á la del marqués de Esquilache, duramente juzgado por todos, puesto en lucha con todos, y donde la moralidad no es gran cosa que digamos. Pero yo soy avara, te queria y te quiero toda entera, ménos la parte de tu corazon que corresponde al amor. En cuanto á lo demás, el armiño pasa sobre el lodo sin mancharse; Margarita y nosotros pasaremos rápidamente sobre ese lodo; pero tú dirás ¿por qué mi abuela, mi madre, es amiga de una mujer tal como la marquesa de Esquilache? ¡Ay, hija mia! cada cual tenemos nuestro carácter, y yo, lo confieso, soy ligera, por más que bajo esta ligereza haya un fondo de energía incontrastable. Yo tomo de las cosas y de las personas lo que me agrada, lo que me seduce, lo que me entretiene, lo que me produce, en fin, un átomo de contentamiento, y desecho todo lo demás. Yo conocí á Angélica en otra situacion, nos unia una tierna y profunda amistad; lo que ella tiene de malo no es

de ella, es de su marido, que la domina, que la usa, que la hace aparecer, violentándola, lo que ella no es; yo no te digo que en fuerza de haber sido usada para la intriga y para la infamia, Angélica no se haya viciado; pero yo no puedo condenarla, porque yo sé bien por cuáles caminos inevitables ha llegado ella á ser lo que hoy es. No puedo condenarla, y por consecuencia no puedo dejar de amarla, de ser su amiga, de gozar con su trato; además, Angélica nos servirá de mucho, yo te lo aseguro; sin perjudicarla, yo usaré de ella á mi vez en beneficio nuestro. Necesitamos una fuerza que nos sostenga en la situación difícil en que nos encontramos, y la marquesa de Esquilache será nuestra fuerza. Esto no quiere decir que vivamos en su compañía; tu reputacion podría resentirse de ello, y yo te amo demasiado, Margarita, para consentirlo. Pasaremos de puntillas sobre ese fango, y pronto, muy pronto, mañana, estarán en su casa, y ocupando la posicion que les corresponde con arreglo á su rango, la excelentísima señora marquesa de Letour, princesa del Sacro Romano Imperio, con su hermosísima nieta Margarita de Saci y de Armagnac, princesa de Otranto, destinada á ser el sol de la córte, la ambicion de ellos y la envidia y la rabia de ellas, entrando en el número su alteza la señora princesa de Astúrias.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Margarita.—Vos no sabeis, madre mia...

—Sí, sí, necesariamente yo ignoro muchas cosas relativas á tu historia, durante estos cuatro años en

que hemos estado separadas; ya tendremos tiempo para hablar de todo ello. Pero lo primero, Margarita, es que corramos al socorro de tu abuelo, mal herido en un ventorrillo de un camino; sería terriblemente reparable que nosotras le abandonásemos.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Margarita, poniéndose pálida.

—¡Ah, no, no, hija mía!—exclamó Juana;—ya contaremos, es decir, ya contaré yo al señor Godofredo de Armagnac si se puede abusar de un encargo sagrado, de un secreto inviolable. ¡Ah, no, no! Los sucesos secretos de nuestra historia permanecerán ocultos siempre. Lo que se verá en público será una familia respetable, y tú no tendrás que bajar la frente ante nada, ante ningún inconveniente. Pero llegamos, hija mía; dentro de muy poco estarás en presencia de mi amiga Angélica, que de seguro te se hará simpática á primera vista, y yo espero que no te será difícil mostrarte vivamente aficionada á ella. Te aseguro que la casa de Esquilache no será para nosotras más que una posada, y una posada de pocos momentos, porque nuestro lugar social, Margarita, está allá, en ese ventorrillo, junto al lecho de mi esposo, de tu abuelo. ¡Ah! Hemos llegado. Presencia de ánimo, Margarita; te advierto que Angélica es una mujer muy perspicaz.

El carruaje se detuvo.

El lacayo abrió la portezuela, y las dos bajaron. Angélica, á quien habia advertido el ruido del carruaje, que habia mirado por un balcon, y que las

habia visto salir, corrió y las encontró en la subida de las escaleras.

Al ver de cerca á Margarita, se detuvo y dijo, dejando ver en sus ojos y en su semblante una expresion de asombro:

—¡Oh, qué hermosura tan divina, Dios mio! ¿Y es esta tu nieta, Juana?

—Sí, la nieta de mi alma,—respondió ésta.

—Vuestra afectuosa servidora,—respondió Margarita sonriendo de una manera irresistible, hasta el punto de que Angélica, atraída por ella, se arrojó en sus brazos y la cubrió de besos, á que Margarita contestó de una fácil manera.

—¡Oh! me has hecho feliz, Juana,—exclamó Angélica, llevándose para adentro asida de la mano á Margarita,—¡tú tenias este tesoro!

Y miraba encantada á Margarita.

—Perfectamente,—dijo para sí Juana;—somos fuertes, podemos luchar contra todo; puedo conspirar, puedo hacer feliz á mi Margarita.

Llegaron al gabinete, y se sentaron junto á la chimenea.

Angélica aparecia contenta, riente, como si un dorado rayo de sol hubiese iluminado su casa, generalmente nublada y triste, porque la llenaba una atmósfera política de intriga y de bajeza.

—Hija mia,—la dijo Juana,—no permaneceremos en tu casa por ahora más que un momento; por lo mismo, yo me he tomado la libertad de hacer que espere el carruaje.

—¿Y cómo es eso?—exclamó contrariada Angélica.

—¿Te olvidas,—respondió Juana,—de que el marqués de Letour, mi carísimo esposo, está mal herido, y que nuestro lugar es á su lado? ¿Qué se diría de mí y de Margarita, si se supiese que en el momento en que hemos sabido la desgracia del esposo, del abuelo, no hemos corrido á su lado?

—¡Ah! es verdad,—exclamó Angélica;—¡las enfadosas conveniencias sociales! esto me contraria y me irrita; no me sacio de mirar á tu nieta. ¡Oh! esto va á ser un acontecimiento. Porque tú la presentarás, Juana, necesariamente.

—¿Quién lo duda! Y me tarda ya presentarla, Angélica; por lo mismo, cuento contigo para que me ayudes en la tarea preliminar. Yo necesito una casa digna de nosotras.

—¡Ah! pues esto es muy sencillo; tenemos cerca de aquí, en la calle de las Infantas, una excelente casa acabada de restaurar, y convertida por la restauracion casi en un palacio. Se deben aumentar los rendimientos, hija.

—El marqués de Letour compra esa casa al marqués de Esquilache,—dijo Juana.—Nosotros no podemos vivir humanamente en una casa alquilada.

—No hablemos más de esto,—dijo Angélica;—la casa es vuestra.

—No basta, no basta aún,—añadió Juana;—es necesario que esa casa esté para mañana al mediodía entapizada, amueblada, perfectamente habitable, y con una servidumbre bastante.

—Ved qué dificultad,—exclamó Angélica.

—Ahí tienes dinero,—continuó Juana.

—No, no,—respondió Angélica;—ya pondremos la cuenta al señor marqués de Letour más adelante, cuando haya sanado de su herida. En cuanto á tu dinero, á tus alhajas, yo misma haré se conduzcan al aposento que yo te destine en tu nueva casa.

—En ese caso, Angélica, nada tenemos que decir más, y yo no pierdo tiempo.

—¡Pero, madre mia!—exclamó Margarita.—¿No creéis que despues de nuestra extraña salida de la casa de la marquesa de Vallezarzal seria conveniente una carta de excusas?

—¡Ah! Tienes razon,—exclamó Juana;—¡mi cabeza! Con la alegría de tenerte no sé en lo que pienso.

Y se fué al secreter de Angélica, escribió la carta que ya conocen nuestros lectores, la leyó en voz alta, causando la extrañeza y la curiosidad de Angélica, la cerró, y la dió á ésta para que la enviase.

—Pues no, no,—dijo Angélica;—yo no me separo de vosotras, á lo ménos en algunas horas. Yo puedo ser de la partida, y lo seré. Me llevaré conmigo algunos criados y algunas criadas para que se queden allí sirviéndote.

—¿Y si te necesita el marqués?

—Se pasará sin mí; además de eso, que yo estaré aquí á buena hora por la tarde. Es necesario preparar todo, hacerlo todo, para que dentro del dia

de mañana os podais establecer en vuestra casa; con que no nos detengamos.

Mientras decia esto Angélica, se habia puesto un rico abrigo de pieles y un sombrero de castor con plumas: se habia preparado, en fin, á salir; llamó y dijo al maestresala que se presentó:

—Que enganchen un carruaje; que en él vayan dos criados y dos doncellas á Hortaleza y pregunten allí por el lugar donde yo me encuentre, y se hagan llevar á él.

Despues de esto, las dos marquesas y Margarita bajaron y entraron en el coche que Juana habia mandado esperar.

—A Hortaleza,—dijo la de Esquilache.

Aun no hacia un cuarto de hora que el carruaje habia partido, cuando se detuvo á la puerta de la casa otro elegantísimo, tirado por dos soberbios caballos andaluces.

De él, y en traje de paisano, salió el conde de la Salmedina.

—Señor,—le dijo el portero,—los señores no están en la casa.

—¡Cómo!—exclamó contrariado el conde:—pues yo necesitaba urgentemente...

—Vuecencia puede ver al señor en secretaria.

—¿Y la señora marquesa?

—Su excelencia acaba de salir.

—Decidme: ¿ha salido sola la marquesa?—preguntó Salmedina.

—No, señor: la acompañaban dos señoras.

—Permitidme,—dijo el conde, metiéndose en la portería,—venid aquí, tengo que hablaros.

El portero se apresuró á entrar.

—Dadme las señas de esas señoras.

El portero se las describió.

El conde reconoció las señas de Margarita.

—Y adónde han ido,—preguntó.

La señora dió al lacayo la orden de que las llevara á Hortaleza.

—Perfectamente,—dijo el conde.

Y dando al portero una onza, volvió á entrar en el carruaje, y dijo á su lacayo:

—¡A Hortaleza!

Capítulo XL.

De la insuficiencia de la ley en muchas ocasiones.

El ventorrillo de la Postillera, que pertenecía á Pascual Carrascosa, viejo cazador furtivo, como sabemos, y además de esto ventorrillero, estaba situado sobre un camino de travesía que iba de Hortaleza á Fuencarral, y á una distancia media entre los dos lugares.

En aquel punto el caminejo hacia un violento recodo.

Un arroyo que pasaba cerca del ventorrillo, habia determinado con el trascurso del tiempo en el terreno accidentaciones y torrenteras.

El ventorrillo era bastante grande, porque en otro tiempo habia sido apeadero de cazadores, y se conservaba en buen estado.

Por la parte posterior tenia una extensa huerta,

y una gran espesura de árboles formaba el fondo por la parte que miraba á Fuencarral.

Por la otra parte se descubrian las extensas planicies que van á terminar á algunas leguas en la Sierra de Guadarrama.

Pascual Carrascosa vivia allí con su mujer Vicenta, que era tan vieja como él, y con dos hijos, Sebastian y Cristóbal, hombres ya ambos, cazadores furtivos como su padre, y que se mantenian solteros.

Era ésta una familia ruda, y hasta cierto punto honrada, porque no se puede llamar honrado de todo punto á un cazador furtivo.

Pero fuera de esto, no habia nada que pedir á Pascual, ni á su mujer ni á sus hijos.

La venta no producía gran cosa.

Pero esto importaba poco.

Se la tenia por pretexto y para eneubrir ante la ley la verdadera profesion del padre y de los hijos; esto es, la caza en vedado.

A su ventorrillo fué donde, rendido de fatiga, llevó Pascual á Godofredo de Armagnac.

Se lo puso en su lecho, y mientras iba á dar parte Cristóbal á la justicia de Hortaleza, Pascual acabó de restañar la sangre á De Armagnac.

Acudió la justicia del pueblo.

Pascual, que no podia decir que habia encontrado dentro del monte del Pardo al herido, declaró que se le habia encontrado cerca de su casa, entre ésta y Hortaleza.

Nadie había visto á Pascual, y nadie, pues, podia desmentirle más que el herido; pero quedaba tiempo de ponerse de acuerdo con él.

Pascual estaba seguro de que á causa de los edictos contra el duelo, el herido no declararia la verdad.

La justicia de Hortaleza proveyó al socorro del herido, haciendo ir su médico y su cirujano titulares, y dió parte á la justicia de Madrid.

Ya sabemos cómo la sociedad secreta había llegado á conocer la situación en que se encontraba el marqués de Letour.

Este había recobrado el conocimiento á una hora avanzada de la noche; pero hasta despues de algunas horas más no pudo hablar.

Entonces Pascual se puso de acuerdo con él.

Cuando llegó el alcalde del crimen enviado por el alcalde mayor de Madrid, con el correspondiente séquito de escribano y alguaciles, ya estaba preparada perfectamente cohartada.

En cuanto De Armagnac pudo hablar, pidió á Pascual fuese á la quinta y avisase á Mateo que fuera al momento.

Pascual partió á la carrera y volvió muy pronto con él.

De Armagnac sabia demasiado que la justicia interrogaria á sus criados, y para evitar declaraciones contradictorias era necesario ponerse de acuerdo con ellos, y se puso, mandando á Mateo se volviese á la quinta y se mostrase sorprendido, asi como los otros criados, por la noticia de su desgracia.

De Armagnac dijo al alcalde su nombre, sus títulos y domicilio, y en cuanto al suceso que le habia puesto en el lecho, declaró que la tarde anterior habia salido de su casa á caballo como á las dos; que se habia alejado demasiado, y que habia pretendido, para abreviar camino, atravesar el monte del Pardo, pidiendo le dejasen entrar por la Portillera de los Tres-Cantos.

Que se habia extraviado á causa de la noche y de no conocer el camino.

Que de improviso habia sido asaltado por algunos hombres, que habian detenido su caballo y le habian herido.

Que casi instantáneamente la pérdida de la sangre le habia hecho caer en un desmayo, y que cuando habia vuelto en sí se habia encontrado en el lecho donde se hallaba.

—¿Y cómo afirma vucencia,—dijo el alcalde,—que ha sido herido estando á caballo, cuando el cirujano de Hortaleza, que ha curado á vucencia definitivamente, que ha sondeado la herida y reconocido la direccion, afirma, segun el certificado adjunto al parte de la justicia, que la herida es de espada, estando vucencia en tierra y de pié, y ni más ni menos que si vucencia hubiera sido herido en desafio?

—Yo no he dicho que fui herido á caballo,—contestó De Armagnac,—sino que fui asaltado: en efecto, y ya que se me piden detalles, añadiré que aquellos hombres me obligaron á echar pié á tierra, y cuando obedecí cediendo á una fuerza mayor, uno de aquellos

hombres me arrancó la espada, y sin duda con ella me hirió, y digo sin duda, porque á causa de la noche y de la sorpresa no pude apercibirme del arma con que habia sido herido.

—¿Afirma vuecencia bajo su palabra de honor que no ha sido herido en desafio?

—Sí, lo afirmo bajo mi palabra de honor,—dijo De Armagnac.

Pascual declaró, que habiendo salido de su casa la noche anterior, como á las siete, para ir á Hortaleza, para reclamar el pago de una deuda á un vecino, cuyo nombre y domicilio dijo, y al que no se podia encontrar en su casa más que de noche, porque durante el dia estaba en sus labores en el campo, encontró en el camino, tendido y al parecer sin vida, á un hombre en ropas menores; que le reconoció, vió que estaba herido, le cogió la sangre como pudo, quitándose para ello la camisa y rasgándola, y que se apresuró á llevarle á su casa.

Las declaraciones del criado y las de los hijos de Pascual habian sido contestes, aunque se les habia puesto incomunicados en cuanto llegó el alcalde.

Como que todos estaban de acuerdo.

En cuanto á las ropas exteriores del conde, y lo que tenia sobre sí cuando fué herido, se lo habia llevado á la quinta Mateo, á quien nadie habia visto ir al ventorrillo, ni volver de él, por lo avanzado de la hora.

Los criados de la quinta declararon, que en efec-

to, la tarde anterior su amo habia salido á caballo para pasear, y que no habia vuelto aún.

Cuando el alcalde les dijo que su amo estaba gravemente herido, mostraron una gran sorpresa y un gran sentimiento.

El alcalde, que era muy práctico, no tenia la menor duda de que el marqués de Letour habia sido herido en duelo; pero se habia tomado hábilmente la espalda á la justicia, y esta tenia que contentarse con las declaraciones del sumario.

Pasó, pues, porque el marqués de Letour habia sido asaltado y robado por malhechores desconocidos.

Capítulo XLI.

En que se ve la nueva situación en que los sucesos anteriores pusieron á nuestros personajes.

De Armagnac se encontraba en una situación muy grave.

Pero podia decirse que para él era más doloroso su estado moral que su estado físico.

Margarita, por la cual, como sabemos, se habia empeñado de una manera tan terrible, estaba en poder del conde de la Salmedina.

Este le habia vencido.

Lo que era peor aún, le habia vencido lealmente, mientras que él habia usado de malos medios durante el combate.

Se habia deshonrado.

El conde de la Salmedina podia considerarle co-

mo un picaro de la peor especie, como un asesino, y esto habia sido de todo punto inútil.

De Armagnac se creia en un gravísimo estado, á punto de muerte.

El cirujano y el médico habian puesto muy mala cara á su herida.

Lo mismo acontecia respecto á Pascual y á sus hijos, á quienes por su género de vida y por la necesidad que habian tenido de curarse á sí mismos muchas veces, se les podia considerar un poco médicos y casi cirujanos.

Irritaba al marqués de Letour la idea de morir, más que por la muerte, por la pérdida de Margarita.

Experimentaba una agonía excesivamente dolorosa, y se adheria á la vida con toda su voluntad.

Sin embargo de la mala cara de los que le habian curado, á pesar de su postracion y su debilidad, causada por la pérdida de la sangre, el marqués respiraba bien y no tenia calentura.

Pero el torbellino de sus ideas, á causa de aquella debilidad, le causaba de tiempo en tiempo la recaída en una especie de vértigo.

Acabó por hacerse todo fantástico para el marqués.

Lo veia todo oscuro, á través de una especie de niebla.

Habia tenido fuerza y razon clara para ponerse de acuerdo con Pascual y con sus hijos, y para declarar ante el alcalde del crimen enviado por el alcalde mayor de Madrid.

¶ Pero poco despues, ya demasiadamente excitado, habia caido en aquel estado de postracion que le impedia continuar claramente en sus imaginaciones, y se lo hacia ver todo de una manera vaga y fantástica, como bajo la influencia de un insomnio.

Así es, que cuando ya despues del mediodia se le presentaron Juana, Angélica y Margarita, el marqués no creyó nada, porque su razon no estaba en esdo de formar juicios.

¶ Pero produjeron sobre él el efecto que hubieran podido producir tres espectros evocados por su conciencia.

De Armagnac sintió una especie de terror.

Hacia algun tiempo, todo el que habia trascurrido desde el secuestro de Juana por Calcorra, que él creia que á aquella la habia acontecido una desgracia.

La habia creido muerta.

En efecto, sólo muerta podia haber desaparecido de una manera tan absoluta.

Esto demostraba que Calcorra habia sabido cometer su crimen de una manera hábil, y que Anita habia guardado profundamente el secreto hasta con las apariencias de una serenidad inalterable y de un cuidado admirablemente fingido, puesto que la inteligente Rita nada habia sospechado.

Así es, que aunque De Armagnac, que sabia demasiado, por los medios que estaba á su alcance, que Juana, por acercarse á Margarita de una parte, y de otra por defender su propia existencia, habia venido á ocultarse casa de Calcorra por la recomen-

dacion de Esquilache, no habia podido averiguar por Rita de una manera indirecta lo que habia sido de Juana.

Rita, no sabia sino que su señora habia desaparecido, y habia creído de buena fe, como lo creyeron Esquilache y su mujer, que se habia escapado.

Tanto estos como Rita, habian creído que la fuga de Juana habia reconocido por causa el temor de aquella de que De Armagnac hubiese descubierto el lugar de su retiro, y le habia abandonado para buscar otro más seguro, que se habria procurado, no se sabia cómo.

Todas las pesquisas, que valiéndose de sus grandes medios habia hecho practicar el marqués de Létour, habian sido inútiles.

El tambien habia creído que Juana se habia fugado, que se habia refugiado imprudentemente casa de algun miserable, y que por robarla la habrian asesinado y hecho desaparecer su cadáver.

Sin embargo, las alhajas de Juana, aquellas alhajas que tan bien conocia De Armagnac, no habian sido vendidas.

Hacia mucho tiempo que no se llevaba á los diamantistas de Madrid unas piedras de tal valor como todas las que constituian el guarda-joyas de Juana.

Además de esto, los joyeros de entonces eran honrados, y no ocultaban lo que compraban de buena fe, ni en las joyerías de Paris, de Roma, de Florencia ó de Nápoles, habia parecido nada semejante á la pedería de Juana.



No habian, pues, quedado absolutamente indicios acerca de lo que de ella hubiese sido.

Y De Armagnac habia supuesto la verdad; esto es, un crimen oscuro, llevado á cabo con una grande astucia, y ocultado con una gran reserva.

No se habia engañado, pues.

El crimen, aunque no de sangre, habia sido cometido, y las alhajas se habian ocultado con una sagaz intencion, porque Calcorra habia comprendido perfectamente que utilizándose pronto de aquellas alhajas, que podia conocer muy bien la marquesa de Esquilache, que habia tomado con gran empeño el descubrimiento del paradero de Juana, podia denunciarse.

De Armagnac habia dado por muerta á su mujer.

Esto habia excitado en él más y más su pasion por Margarita.

Esto le habia hecho concebir la esperanza de que un dia se probase bastantemente la muerte de Juana, y fuese posible su union con Margarita, puesto que él podia probarla ámpliamente que no era su nieta.

Por esta razon, y cuando fué necesario iniciar en algun tanto á Margarita acerca de la existencia de la sociedad secreta, para que acompañase delante de ella á Maria Luisa, la reveló que venia de Luisa Isabel de Orleans, mujer que fué del rey don Luis el I.

Esto era empezar el camino de una revelacion más ámplia, hasta llegar á la verdad entera.

Pero Margarita habia resistido.

Margarita se habia horrorizado de aquellos amores. Habia sentido contra ellos una repugnancia invencible.

Habia huido, en fin.

Al huir se habia encontrado con el conde de la Salmedina, y se habia apasionado de él.

Todo esto se revolvía en los confusos, en los delirantes recuerdos De Armagnac, cuando se le presentaron las tres, en las cuales De Armagnac no vió más que tres espectros abortados por su conciencia.

Le sobrevino un delirio.

Juana oyó la expresion de un amor insensato, terrible en Armagnac.

Este miraba de una manera aterradora á Margarita y la hablaba con un ansia desesperada.

Importaba poco, porque la gente del ventorrillo habia sido alejada, y Angélica estaba en el secreto.

Pero aquel delirio podia continuar y llegar á oídos de Pascual y de su familia las graves palabras que De Armagnac pronunciaba.

Era, pues, necesario sacarle de allí.

Los médicos, que habian sido llamados, declararon que podia trasladarse al herido, con tal de que la traslacion se hiciese lentamente y con el menor movimiento posible.

Se preparó todo, y aquella misma tarde De Armagnac, conducido á brazo en una camilla perfectamente preparada, acompañado de las tres señoras, que iban en un carruaje que marchaba lentísimamente al compás de la marcha de los que conducian

la camilla, y escoltados por algunos hombres armados, de los cuales formaban parte Pascual y sus dos hijos, porque se habia emprendido la marcha de noche, fué trasladado á aquella casa que Esquilache poseia en la calle de las Infantas cerca de la suya, que acababa de restaurarse, y que Juana habia comprado sobre su palabra y en nombre de De Armagnac por medio de su mujer á Esquilache.

En tiempo oportuno, algunas horas antes habia partido á caballo un criado con instrucciones, y Esquilache, enviando muebles de la misma casa para aprovechar más el tiempo, habia hecho habilitar las habitaciones necesarias para De Armagnac, Juana y Margarita, y para los criados que debian servirles.

De Armagnac fué, pues, establecido en la casa que más adelante debia conocerse como del marqués de Letour ó de su viuda.

El conde de la Salmedina habia seguido todo este movimiento sin dejarse ver de nadie.

Habia llegado á Hortaleza.

Habia preguntado, se habia valido del fiel de fechos del pueblo, que á primera vista, por la astucia que representaba su semblante, le habia parecido á propósito para un encargo delicado, y habia podido seguir sin hacerse reparar, á Margarita.

Al fin tuvo la seguridad de que Margarita se establecia, con los que debian pasar por sus padres, en Madrid, en su casa de la calle de las Infantas.

Esto lo habia puesto en claro Baltasar, que habia acometido, de la manera que él sabia hacerlo, á uno

de los criados de Esquilache, que estaban por el momento al servicio de los marqueses de Letour.

Supo don Luis lo que la justicia habia podido averiguar del accidente acontecido á De Armagnac.

Por esta parte todo estaba á cubierto.

Aquel secreto no le conocian más que él, la princesa de Astúrias y Margarita.

Podia decirse que estaba perfectamente guardado.

Por otra parte, el marqués sabia lo que dentro de poco debia saberse en la córte; esto es, que se establecian en ella los señores marqueses de Letour, con su nieta legitima doña Margarita.

Era todo lo que podia desearse.

El marqués de Letour se veria necesariamente contenido por su posicion.

Un nuevo duelo entre él y el conde de la Salmedina, era imposible.

De Armagnac no podia tampoco oponerse á su enlace con Margarita.

El conde tenia influencia suficiente para hacer que aquel enlace se realizase, á pesar de la voluntad de De Armagnac, por una autorizacion del rey.

Cierto era que don Luis debia verse amenazado por el ódio de De Armagnac de una manera misteriosa, que para él debia existir, donde quiera se encontrase, un peligro.

Pero don Luis contaba al mismo tiempo con la proteccion que, en nombre de la sociedad secreta, le habia asegurado el padre maestro fray Lorenzo.

Además de esto, y por el giro que habían tomado los sucesos, don Luis no se veía obligado, á causa de Margarita, á ponerse en contacto con el marqués de Esquilache, lo que le hubiera contrariado terriblemente.

Los marqueses de Letour podían muy bien ser amigos de los de Esquilache.

Pero vivían de una manera independiente.

Margarita debía necesariamente ser presentada, y don Luis debía encontrarla por todas partes, aunque se cerrase para él, á causa de De Armagnac, como era de presumir, su casa.

Pero si De Armagnac moría, la situación cambiaba completamente.

Nada habría entonces que se opusiese á su felicidad.

Sin embargo, se vería obligado á esperar que trascurriera el año del luto y aun algo más, y esto desesperaba á Salmedina y le hacía interesarse vivamente por la existencia de De Armagnac, aunque á causa de ella se viese obligado á una lucha y amenazado constantemente de un peligro.

Don Luis sabía por lo que á Baltasar habían dicho los criados, que los médicos no podían asegurar nada, sino que la vida del marqués de Letour estaba gravemente en peligro.

El conde de la Salmedina esperó con ansia.

Al día siguiente, y cuando aun no se había levantado Baltasar, entró y le dijo:

—Señor, tenemos una visita inesperada.

El conde se levantó vivamente.

—¿Qué visita es esa?—dijo.

—Un reverendo padre grave de los de Santo Tomás,—contestó Baltasar.

—¿Como de cincuenta años?—preguntó el conde.

—Sí, si señor,—dijo Baltasar;—y padre de muchas campanillas, porque ha venido en coche.

—Pues no le hagas esperar ni un momento,—dijo don Luis.

—¿Al salon, señor?

—No, aquí,—contestó don Luis.

Un momento despues entraba en el dormitorio del conde el religioso.

Capítulo XLII.

Historia de los amores de una reina.

—Dispensadme, padre,—dijo el conde,—si os recibo aquí y en el lecho; he preferido no haceros esperar.

—De todas maneras habeis hecho bien, señor conde,—contestó el religioso;—porque yo no puedo permanecer junto á vos más que el tiempo necesario, y así abreviamos: no os molesteis, no os incorporeis; yo voy á sentarme junto á vos: necesitamos hablar como en confesion.

Y el religioso tomó un sillón y le puso junto á la cabecera del lecho del conde.

—Tomad,—dijo el dominico:—anoche he pedido para vos el manuscrito que contiene la historia de la



MOTIN DE ESQUILACHE. — Se os recomienda que leais esas memorias en todo el dia de hoy.

abuela y de la madre de la señora con quien quereis uniros; manuscrito que no es otra cosa que el conjunto de las informaciones que se hicieron en otro tiempo sobre la hija aparente de monsieur Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, y de su esposa: es un relato escrito con la facilidad, y que nada tiene del estilo pesado del informe: es más bien unas memorias.

Y el religioso entregó un libro de un volumen y de un tamaño regular, encuadernado en pergamino, al conde.

—Yo os doy las gracias con todo mi corazon, padre maestro,—dijo don Luis, tomando con ansia el manuscrito y guardándoselo debajo de la almohada.

—Se os recomienda,—dijo el religioso,—que leais esas memorias en todo el dia de hoy: esta noche al oscurecer vendré á buscarlas yo mismo.

Y el religioso se levantó.

—¡Cómo! ¿Ya os vais?—dijo el conde.

—Sí, sí por cierto,—contestó el dominico:—vos necesitais de todo vuestro tiempo para leer esas memorias, que no son breves, y yo necesito del mio: esta noche, despues de que hayais leído esas memorias, hablaremos largamente.

—Me resigno, aunque bien quisiera gozar algun tiempo más de vuestra compañía.

—Esta noche probablemente,—dijo el religioso,—tendremos ocasion de estar juntos un largo espacio, amigo mio: hasta entónces, adios.

—Id con Él, padre maestro, y dispensadme si no salgo á despediros.

—¡Oh! ¡Las formas! Hasta la anoche, señor conde.

Y el religioso salió.

Apenas habia salido cuando el conde llamó, y dijo al maestresala, que se presentó inmediatamente:

—Para nadie estoy en casa, ¿entiendes? exceptuando ese religioso que acaba de salir.

—Muy bien, señor.

—Ponte de guardia, y no permitas entrar á nadie, ni aun á Baltasar; cuando yo necesite, llamaré.

—¿Y no almuerza vucencia, señor? ya es la hora.

—Sí, es verdad; y tengo apetito, ¡vive Dios! que me sirvan un almuerzo fuerte: así nos preparamos para todo el dia.

Apenas se quedó solo el conde, de debajo de la almohada sacó el libro, le abrió, y vió que se titulaba así:

HISTORIA DE LOS AMORES DE UNA REINA.

El conde volvió la hoja, pero sintió los pasos de los criados, que se acercaban para servirle el desayuno.

Guardó rápidamente el manuscrito.

Luego almorzó en la cama, aunque el conde no tenia nada de poltron.

Cuando hubo concluido de almorzar, repitió la orden de que no dejasen pasar á nadie, ni aun á Bal-

tasar; volvió á sacar el libro, y leyó lo siguiente:

El dia 9 de Febrero de 1724, fué un dia de gran fiesta para la villa de Madrid.

Se habia hecho la solemne proclamacion del rey Luis el I, por la abdicacion de su padre el señor rey don Felipe V.

El dia siguiente, 10, debia haber fiestas reales.

Amaneció este dia hermosísimo, y muy pronto aparecieron cubiertos de colgaduras los balcones.

En cuanto á la Plaza Mayor, donde debian tener lugar las fiestas reales, podia decirse que hasta los tejados estaban cubiertos de riquísimas tapicerías, lo que la daba un aspecto extraño, abigarrado, magnífico.

Llegó el mediodia.

Una multitud inmensa coronaba los tejados, llenaba los balcones, se extendia en la parte baja sobre tablados y anfiteatros, dejando en medio libre un gran espacio cuadrado y enarenado, con valla y contra valla.

Donde las tapicerías eran más ricas, más artísticas, era en la real casa Panadería, y los anfiteatros y el tablado del centro, que corrian á lo largo de su fachada, estaban llenos por la córte; esto es, por las damas, las camaristas, las altas dignatarios, los gentiles-hombres, los mayordomos de semana, los pajes, los agujeres, y todos los otros individuos de la alta y baja

servidumbre, colocados rígidamente según su grado.

En el centro del balcón principal sobre el tablado, había un trono, al rededor del cual, llenando el tablado que determinaba una especie de anfiteatro más elevado, estaba la alta servidumbre de la casa real.

En el trono se veían cuatro personas.

Estas cuatro personas eran:

Las dos del centro dos jóvenes, casi dos niños.

Era él el rey don Luis I.

Era ella madame Luisa Isabel, duquesa de Montpensier, hija del regente de Francia, duque de Orleans.

A la derecha del rey don Luis estaba Felipe V.

A la izquierda de la reina María Luisa Isabel, la reina doña Isabel Farnesio.

Más bajo, á la izquierda de la reina madre Isabel Farnesio, estaba el infante don Fernando y las otras infantas pequeñas sobre un trono; pero sin dosel.

María Luisa Isabel de Orleans apenas contaba quince años; pero era ya una dama completamente formada, acaso demasiadamente, en la cual se notaba á primera vista una diferencia marcadísima de maneras y de educación, si se la comparaba con la reina Isabel Farnesio y con las nobilísimas damas de la alta servidumbre; es decir, María Luisa era viva, chispeante, inquieta, como francesa, y francesa de la corte y de la familia de Luis XIV, acostumbrada á las galanterías de Paris, á la soltura de Versalles y á las licencias de Trianon.

No quiere esto decir que la duquesa de Montpensier fuese lo que puede llamarse una jóven desenvuelta, ni siquiera poniéndose en el punto de vista de las costumbres francesas de aquel tiempo, una jóven galante; pero comparada con la grave reina madre y con las quijotescas y tiesas y serias damas de la corte española, resultaba un contraste demasadamente acentuado.

La jóven reina hablaba con una volubilidad y un gracejo encantadores, sonreía á todo, no permanecía quieta un momento, hablaba casi á la par con Felipe V, con su jóven esposo el rey, con la reina madre, y con una facilidad y *un dejarse ir* extraordinarios.

La jóven reina estaba contentísima.

Nunca se habia visto tan festejada, y era porque difícilmente se buscará un pueblo más propenso al entusiasmo, que más le exagere y que más se entregue á él, que el pueblo español.

En cambio su entusiasmo pasa muy pronto.

Cualquier cosa le hace volverse contra el ídolo que ha adorado, ó mejor dicho, contra la persona á quien de una manera monstruosa ha favorecido, porque el pueblo español es rey, y un rey muy quisquilloso, y los actos de su soberanía suelen ser á veces terribles y completamente contrarios á sus actos anteriores.

Ama con el corazón, le da fácilmente; pero es terriblemente celoso, terriblemente susceptible, monstruosamente apegado á sus fueros y á sus cos-

tumbres, y con suma facilidad su amor se torna en ira.

La jóven reina, traída á Madrid desde Alcalá, habia creído venir al paraíso terrenal.

Todo se habia engalanado, todo se habia trasformado, todo se habia puesto resplandeciente para recibirla y agasajarla.

Los pueblos del tránsito habian cubierto el camino de juncias y flores; tapices, telas ricas, arcos de triunfo, de todo se habia usado y aun abusado.

Las gentes de los pueblos circunvecinos habian acudido á los bordes del camino, y habian formado una calle humana de siete leguas, distancia de Alcalá á Madrid.

Todas aquellas gentes entusiasmadas habian aclamado hasta desgañitarse.

Todas aquellas honradas manos encallecidas por la azada y la esteva habian aplaudido.

Por otra parte, la comitiva y la grande escolta que acompañaban á la jóven reina, las carrozas, los equipajes, todo, todo era magnífico y ostentoso.

La jóven Luisa Isabel no habia visto nunca tanto lujo, porque ninguna córte como la de España ha llegado á una tal grandeza en el aspecto, ningunos cortesanos como los españoles han llegado á una tan alta, noble, rigida y al mismo tiempo fácil etiqueta.

Todo esto, los regimientos de guardias walonas, la artillería de la guardia real, los dragones y los coraceros de la misma; los altos dignatarios, los obis-

pos, los prelados, los altos empleados de la casa real, las damas, los gentiles-hombres, los caballeros, los lacayos, todos con sus plumas, sus galas, sus vistosos uniformes, habia deslumbrado á la jóven Luisa Isabel, que como buena parisien, era muy dada á los espectáculos, al ruido, al tumulto.

La fastidiaban un poco los semblantes graves y espetados de su camarera mayor y del duque de Osuna, que la habian acompañado inmediatamente hasta Alcalá, desde donde la habia acompañado exclusivamente su marido.

Pero la jóven princesa habia pasado sobre todo esto diciendo para sí, con una jactancia verdaderamente digna de la córte de Versalles:

—Yo los arreglaré, yo los acomodaré á mis costumbres.

No conocia bien á aquellos buenos señores, tan soberbios cada uno con su alcurnia, y tan irreducibles por su carácter, como un rey.

Pero lo que la afligió un tanto fué la sensacion que experimentó al ver á Luis I.

La pareció extraordinariamente antipático.

Hay que advertir que Luis I y la duquesa de Montpensier habian sido desposados dos años antes; pero á causa de su juventud no se les habia reunido, y no se conocian.

Estaban casados por poderes.

La reina Isabel Farnesio habia guardado á la jóven princesa de Astúrias.

Cierto es que la antipatia de la reina por el rey

reconocia por causa un jóven señor, perteneciente á la alta nobleza, que habia formado parte de la comitiva que acompañaba al duque de Osuna y á la camarera mayor, que algunos dias antes que el rey habian ido por ella á Alcalá.

Este jóven señor era el conde de Pino Rey, una especie de don Juan Tenorio, las historias de cuyas galanterias llenaban la córte.

Luis I era grave, sério, pálido por enfermizo, y aunque sus diez y siete años se acusaban fuertemente, tenia más de niño que de hombre, y de niño voluntarioso.

Por otra parte, carecia absolutamente de espíritu, de ese yo no sé qué que no puede definirse y que es el alma del chispeante y encantador carácter del mundo de Paris.

No podia darse un defecto mayor, ménos perdonable para una parisien de pura raza, tal como lo era la duquesa de Montpensier, ornamento de la córte francesa y admiracion é ídolo de propios y extraños.

Por el contrario, el conde de Pino Rey, ya de veinticinco años, era hermoso, espiritual, audaz, insinuante, galante de una rara manera, lleno de ese quid indefinible que tanto seduce á las mujeres, sea cualquiera su condicion y su fortuna.

La impresionable princesa se habia fascinado á la vista del conde.

Este, que conocia perfectamente el difícil y resbaladizo terreno que pisaba, habia guardado una gran reserva.

Pero colocado, por su posición en la corte como gentil hombre de cámara con ejercicio, en continuo contacto con la reina, tenia ocasiones sobradas de ostentar para con ella, sin que nadie más que ella lo notase, todas las dotes de galanteador peligroso que debia largamente á la naturaleza y á la educacion.

Una mirada furtiva lanzada en un momento de libertad; una sonrisa que se apagaba instantáneamente; una palabra viva, profunda, lanzada rápidamente al oido, todo esto hecho con una audacia infinita, como si no se hubiese tratado de una reina, habian acabado por hacer que Luisa Isabel llegase locamente enamorada del conde de Pino Rey á Madrid.

El conde, que habia frecuentado mucho la corte de Francia, habia conocido á la princesa, pero desde lejos; se habia enamorado de ella, y se habia propuesto, á pesar de los pesares, hacerla suya.

El no sabia cómo; pero se habia dicho, con la confianza de todos los conquistadores halagados constantemente por la fortuna:

—Será mia.

Excitaba además al conde la intachable reputacion que, como mujer pura é inconquistable, tenia en la corte de Francia la duquesa de Montpensier.

Sus vivezas, sus licencias, sus maneras galantes, todo era inocente.

No se murmuraba de ella que hubiese concedido el más insignificante favor á ninguno de sus infinitos enamorados.